

LA ESCUELA, DRAMÁTICA

\$ 3.15

SARA A. MERLO

LA ESCUELA, DRAMÁTICA

Monólogos

Diálogos, Poesías y Conversaciones

Tomo primero

EDITORIAL TOR

VICTORIA 788-BUENOS AIRES

30 X 145

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

A LOS SEÑORES MAESTROS

El buen resultado obtenido en clases de Lectura y Castellano con la dramatización de los capítulos contenidos en el presente libro, en los diversos grados de la escuela primaria — ya que el propósito que se perseguía era la familiarización de los alumnos con el Castellano, cuya enseñanza en la actualidad se hace cada vez más difícil por la afluencia de extranjeros a nuestro país — me ha inducido a su publicación, a fin de que ellos puedan ser aprovechados por mis estimados colegas para el mismo objeto.

S. A. M

UN VALIENTE

(Se presenta un niño que lleva cubierta la cabeza con un sombrero de papel, un fusil descansando sobre su hombro izquierdo y cruzado el pecho con una cinta con los colores de la bandera argentina, el cual se dice en voz de mando mientras ejecuta los movimientos que indica):

—Media vuelta a la derecha... march... un... dos...; un... dos (contemplándose) ¡Qué bien marchó yo!... un... dos; (deteniéndose) y pensar que papá se ríe de mí con sus amigos cuando hago este ejercicio y me llama *soldadito de papel!* ¡De papel!! (con desprecio) Ya los vería yo a ellos, si estuvieran frente al enemigo temblar asustados y venir corriendo a decirme: ¡Pepito! ¡por favor, ponte delante! ¡Por favor! Pepito, que nos matan... y mira cuántos soldados vienen por este lado y cuántos por aquel otro y mirarán asustados los cañones que a la luz del sol parecerán de oro (con valentía) pero que a mí no me asustan, no. En cambio ellos, a cada cañonazo que oyen darán cincuenta vueltas y correrán a

meterse debajo de la cama... Entonces, Pepito, *el soldadito de papel*, tomará un mauser (coloca cebas en el fusil) y *pumm* de un tiro mata doscientos y *pumm pumm* otros doscientos y *pataplum* van todos al suelo. (Sacándose la cinta) Después levantaré alta, bien alta mi bandera y le diré: ¡Siempre así *mi señora!* ¡Siempre victoriosa! ¡Viva!!... (Se retira agitando la cinta).

IN FRAGANTI!

Una niña, creyéndose sola, abre una alacena y tomando de ella una dulcera, empieza a comer de su contenido. La hermanita, que ha observado todos los movimientos, presentándose ante ella le dice:

María. — ¡Ah! qué linda pillada!...

Ana. — (Sorprendida) ¡Pillada! ¿de qué?

María. — ¡Te estás comiendo el dulce y me preguntas de qué?

Ana. — Yo... comiendo... (se limpia los labios).

María. — Sí. Hazte la desentendida. Estoy segura que cuando mamá vea que falta el postre me echará a mí la culpa. Pero, lo que es esta vez no me callo (con resolución) y le diré quién es.

Ana. — ¿Y qué vas a ganar con el cuento?

María. — Más ganaré con callarme ¿verdad?

Ana. — (Insinuante) El dulce se puede arreglar de modo que no se note que falta.

María. — Sí, después de haber comido un *montón* me vienes con ese cuento.

Ana. — Si quieres, te daré un poco... toma.

María. — ¿Y crees que yo me conformo con esta miseria?... no, no, no; yo voy a contar.

Ana. — Porque eres una chismosa.

María. — Y tú, una ratera.

Ana. — (Amenazándola) ¿A ver? dílo otra vez.

María. — (Dando pasos hacia atrás) Sí, sí, sí, una ladrona de dulce.

Ana. — ¿Acaso es tuyo?

María. — No. Pero es de mamá...

Ana. — (En tono amenazante) Mira, si vas con algún cuento no sabes lo que te pasa...

María. — ¡Ah! ¡qué miedo tendré... para que veas no le diré eso sólo, sino también lo que me dijo de tí, tu maestra.

Ana. — ¿Qué te dijo? ¿a ver?

María. — Que eras una desaplicada.

Ana. — Desaplicada serás tú que nunca sabes nada

María. — ¿Yo? ¿Cuándo no sé mis lecciones?

Ana. — Todos los días; siempre te están reprendiendo.

María. — ¿A mí?

Ana. — Sí, sí; ¿y ayer por qué llorabas?

María. — ¿Yo? ¿Lloraba?... ¡Embustera!

Ana. — Sí; me parece.

María. — Toma, por habladora (le pega).

Ana. — (Llorando) ¡Mamá! ¡Mamá! María me pega. (Aparece la señora).

Madre. — (Sorprendida) ¿Qué es eso, hijas mías?

María. — ¿Por qué me dijiste desaplicada?

Ana. — ¿Y tú? me llamaste ladrona...

Madre. — Esa es una expresión muy fea, hija mía. Creo que tu hermana no te habrá dado motivo para que se la dirijas. ¿No es así? ¿Por qué bajas la frente? (Dirigiéndose a Ana) ¿Lloras?

Ana. — Mamá... ¡perdón! María me ha dado un feo calificativo, pero... lo merezco.

Madre. — ¿Cómo!

Ana. — Sí, mamá, yo estaba sacando dulce cuando me sorprendió mi hermanita en el comedor.

Madre. — (Sorprendida) ¿Es posible que así me hayas desobedecido?

Ana. — Perdóname, mamá (con arrepentimiento); ahora comprendo que cometí una mala acción, pero será la última vez ¡te lo prometo!

María. — No te oculto que tu confesión me entristece, y si el arrepentimiento es sincero...

Ana. — (Con vehemencia) Sí, mamá; sí, me arrepiento de todo corazón y siento en el alma haber insultado a mi hermana.

María. — En algo, creo que tengo yo la culpa...

Ana. — Perdona mis ofensas, querida hermana (abrazándola).

María. — Y tú las mías.

Madre. — Ahora que os veo buenas amigas os permito que comáis, el dulce, motivo de la discusión.

Las niñas. — Gracias, mamá.

Madre. — Vamos al comedor.

LOS ESTUDIOS DE ELVIRITA

Dos niñas se hallan en su pieza de estudio. Una, prepara los libros que necesita para cumplir con los deberes ordenados por la maestra; la otra, cuyo rostro expresa profunda contrariedad, se pasea por la habitación. Entra la mamá de las niñas en busca de un objeto cualquiera; al verla una de las hijas (la que está arreglando los útiles) dice:

Alba.—Mamá, si vieras que linda lección tenemos para mañana.

Elvira.—(La hermanita murmura, dirigiéndole a ésta una mira oblicua) ¡Linda!... ¡Linda!... Cara de linda tienes tú.

Madre.—¿Cuál es?

Alba.—Cristóbal Colón. Descubrimiento de América.

Madre.—A la verdad que es interesante. Creo que la estudiarán con gusto. Voy a terminar un trabajo y pronto volveré para hacerles algunas preguntas para ver el provecho que han sacado de la lección.

Alba.—Sí, mamá.

Las niñas se sientan en actitud de estudiar una a poca distancia de la otra. Mientras Alba se dispone a hacerlo conscientemente, Elvira toma el libro de historia y cuenta sus páginas en alta voz... Una... dos... tres... cuatro... ¿y creen que todo esto me va a entrar en la cabeza? Tra... lá lará (cantando) tra... lá lará... ¿A ver cómo empieza? (leyendo) «Cristóbal Colón descubrió la América en el año mil cuatrocientos... (cerrando de golpe el libro) ¡Ufff! ya vienen las fechas! Voy a refrescarme la memoria. (Se pasea por la habitación diciendo malhumorada):—¡A quién se le habrá ocurrido escribir Historia? ¡Qué nos importa lo que ha pasado!... y con añadidura de números... Lo que es Colón me resulta espantosamente antipático. Si él no hubiera... (Entra la mamá y viendo la actitud de Elvira, le pregunta):

Madre. — ¿Ya terminaste?

Elvira.—No, mamá, fuí a tomar agua. (Viendo que la señora toma un periódico y parece dispuesta a quedarse, Elvira se dirige al sitio que había abandonado anteriormente, abre el libro y repite en voz alta y con acento monótono):

Elvira. — Cristóbal Colón descubrió... Cristóbal Colón descubrió... Cristóbal Colón descubrió... (La mamá cambia de postura dando señal de impaciencia) la América... la América... la América... la América... Cristóbal Colón... Colón... (mirando el techo) Colón... Cristóbal Colón descubrió... Cristóbal Colón...

Madre.—(Impaciente) ¡Hasta cuándo! ¡Ya me taladras el cerebro con tu Cristóbal Colón...

Elvira.—Mamá, lo estoy repitiendo para saberlo bien.

Madre.—(Dirigiéndose a las dos niñas) Vamos a ver. ¿Quién era Colón?

Elvira.—(Apresuradamente) Un hombre...

Alba.—(La interrumpe) Un marino genovés...

Elvira.—(Enojada) Iba a decir eso mismo. Siempre te apuras para hacerte *la sabia*.

Madre.—¿Qué hecho importante realizó Colón?

Elvira.—Realizó... (mira el techo) Colón... realizó... ya te lo digo... realizó...

Alba.—Descubrió la América.

Elvira.—(Enojada) Cuando no... Ni me das tiempo para pensar.

Madre.—¿En qué fecha?

Elvira.—(Pensativa) La fecha era... fué... cuando... en el año... (con impaciencia golpeando el suelo con el pie) ¡Siempre me olvido el año!

Alba.—El 12 de Octubre de 1492.

Madre.—¿Qué nombre tenía la isla donde desembarcó Colón en América?

Elvira.—(Apresuradamente) Eso te lo digo. Se llamaba... lo tengo aquí en la punta de la lengua.

Alba.—Los naturales del país la llamaban Guahani y Colón la designó San Salvador. (Elvira hace una mueca de descontento a su hermana).

Madre.—¿Dónde murió Colón?

Elvira.—(Para sí). (¿Dónde habrá muerto?) En su casa, mamá.

Madre.—¡Cállate, holgazana!

Alba.—En Valladolid, a los 70 años de edad.

Madre.—Alba, puedes ir a jugar (dirigiéndose a Elvira) y tú te pones a estudiar en seguida.

(La señora y Alba salen).

Alba.—Si hubiera estudiado como se debe, yo también iría a jugar. Lo comprendo... ¡Paciencia!... pero, me pregunto: ¿qué necesidad tenía Colón de haber descubierto nada? Por culpa de ese *tonto* tengo que estar aquí... Y en qué año se le ocurrió descubrir... en mil cuatrocientos no sé cuántos... ¿Por qué no lo realizó en el año mil o dos mil que es más fácil de recordar? ¿No era lo mismo? ¡Pedazo de alcornoque! Y nada menos que la isla Guana... qué sé yo qué. ¿No había otra con nombre más simpático? Bien se conoce que él no tenía que estudiarlo! Por eso yo, aunque me mandaran descubrir algo no lo haría, no señores, para no hacer pensar a los pobrecitos estudiantes de mañana... pero... estoy charla que charla, el tiempo pasa y dentro de poco, vendrá mamá a interrogarme y ¡entonces será la buena!... pero yo aquí no respiro... ¡me ahogo!... voy a estudiar a la azotea. (Se va llevando en la mano el libro).

EL GLOTON

Un niño observa sigilosamente por una puerta entreabierta y dice:

—Si yo supiera que no me ven... pero, mamá no sé cómo sabe todo lo que yo hago, por más que me esconda, por más calladito que esté me descubre... y tengo tantas ganas de saber lo que hay en este paquetito (aludiendo a uno que estará a corta distancia de él), pero si me pillan... ¡ay! siento pasos!...

(Una hermanita que hace rato busca al niño, llama).

Angela.—¡José!

José.—Angelita...

Angela.—¿Qué estás haciendo?

José.—Iba a estudiar.

Angela.—Hace rato que te busco por todas partes para jugar.

José.—¿Por qué no lo haces con tus amiguitas?

Angela.—¡Cómo! ¿No quieres jugar conmigo? Esto me disgusta, tú sabes que te quiero mucho.

José.—Ya lo sé, y si yo te pidiera un favor lo harías?

Angela.—Según...

José.—(Contrariado) Según... ¡Dime que sí!

Angela.—(Sonriendo) ¿Cómo quieres que lo prometa sin saber lo que es?

José.—¡Poca cosa! Ver lo que contiene este paquetito (lo toma).

Angela.—Pregúntaselo a mamá.

José.—Es que no me lo va a decir. Cuando lo puso aquí dijo que no lo tocáramos, que era para mañana.

Angela.—¡Ah! ya me imagino, será algo para festejar el día 25 de Mayo. (Con cuidado) ¡No lo apretes!...

José.—(Disimuladamente) ¿Por qué se festeja? (sigue palpando, tratando de adivinar el contenido del paquete).

Angela.—Porque es el día de la patria, el día de su libertad...

José.—¡Qué blandito! Parecen masas... ¿Qué me decías?

Angela.—Vas a romperlo. Nuestro país estaba antes gobernado por España.

José.—Se sienten unas cosas redondas como confites... ¡Ah! ¿Estaba gobernado por España?

Angela.—Mira, José; me tienes nerviosa. Pon

eso en su sitio. No seas desobediente. (Se lo quita colocándolo en su lugar).

José.—(Enojado) Después dices que me quieres...

Angela.—Por lo mismo, deseo evitarte una reprimenda (dice la hermanita acariciándole suavemente). Mamá te dará mañana.

José.—Sí, pero cuántas horas hay que esperar. Y porque nos gobernaba España vamos a comer masas?

Angela.—No me has dejado concluir. Los argentinos, después de muchos sacrificios, consiguieron verse libres de ese gobierno formando uno donde mandaban los hijos del país, el día 25 de Mayo de 1810; por eso festejamos el aniversario

José.—¡Así me gusta! ¡Vivan los argentinos! ¡El 25 de Mayo de 1810! ¡El día de las masas!

Angela.—Vamos a jugar, glotón; así no te parecerá tan largo esperar hasta mañana.

DESEANDO SER HOMBRE...

(MONÓLOGO)

¡Estoy deseando ser *hombre* para no andar más con los libros!

En vano todos los días papá me repite que para llegar a ser *algo* en el mundo es necesario estudiar. Ya me arreglaré yo cuando sea mayor en elegir un trabajo que no tenga que *matarme*. ¡Qué dejen eso por mi cuenta! Lo tengo aquí (tocándose la frente) pensado hace muchísimo tiempo... Yo... seré ¡¡Presidente!! ¡Cómo me agrada ver esa faja argentina que llevan en el pecho! Y para las grandes fiestas, cuando se asoma al balcón delante del público, ¡cómo lo aplauden! ¡Con qué importancia saludaré con mi sombrero de copa para todos lados... ¡Ya me verán!... Pero... (pensativo) casualmente anoche decía papá que para gobernar bien un país se necesita talento, mucho talento y un estudio constante y esa palabra *estudio* me hace daño. No. Si para ser *presidente* necesito estudiar ¡¡no lo seré!!...

(Con sentimiento) Siento por la banda argentina que tanto me gustaba... Pero... ¡qué tonto! hay otro traje mil veces más lindo que ese, todo lleno de bordados y galones ¡el traje de general! ¡Y cómo mandan! (Imitando) ¡De frente!... ¡Media vuelta!..... ¡March!... ¡Ah! (recordando) ¿Y si hay guerra? ¿Si me mandan pelear con los indios?... ¡Qué vayan otros!... Y si las balas me rompen un brazo o una pierna, tendré que andar con muletas... no... no... no... no... ¡Qué lástima! a mí que me agrada mandar... Aunque, pensándolo bien, ¿mandan solamente los militares? Mi maestro no es militar y manda que da gusto! ¿Y si yo también fuera maestro? Pero no como los de ahora que siempre hacen estudiar, no señores; mis alumnos harán lo que les dé la gana. ¡Serán más dichosos conmigo!... Cuando alguno me diga: «Señor, ayer no hice el deber porque tenía sueño», yo, acordándome de ahora, le diré: «Bien, chico, bien; no te aflijas, dormir es lo primero», y los dejaré hablar, reír, gritar, lo que quieran. ¡Con qué gusto vendrán a la clase, corriendo, sin lavarse, ni peinarse, ¡para qué tanta etiqueta!... ¡Ah! lo mejor se me olvidaba... para ser maestro es necesario estudiar ¡los libros! ¡los libros!... ¡siempre los libros!!!... y todavía tienen el descaro de decirnos que son nuestros mejores amigos... Yo... ¿amigos? no tengo más que *uno*, pero, a ese lo quiero de corazón. ¡Mi querido Frank Brown! Tú,

sí que eres mi único, mi verdadero, mi mejor amigo!!!... No sólo me diviertes con tus gracias sino que me obsequias con bombones... y pensando... pensando bien, yo podría ser payaso. Siquiera no tendré nada que aprender. ¿Quién no sabe pintarse la cara, meterse en un traje lleno de colores y hacer unas cuantas piruetas? (Hace algunas, se cae y sollozando, dice:) También esto cuesta trabajo y a mí que me parecía tan fácil... Ya veo que no hay nada para elegir... tendré que estudiar sin remedio. ¡Paciencia!... (toma un libro y sale caminando lentamente).

CONSECUENCIAS DE LA IRA

(Una niña está terminando un dibujo; en un descuido cae sobre él una mancha de tinta, ella se encoleriza y hace pedazos el papel. Su hermanita, que estudiaba cerca de ella, al apercibirse del ruido levanta la vista).

Lía.—¡Siempre igual! ¡Siempre lo mismo! Después no quieren que grite y me sulfure.

Esther.—(Sorprendida) ¡Qué te pasa!

Lía.—¿Y me preguntas? ¡Todas las desgracias son para mí!... (Llora).

Esther.—(Con cariño) No llores. ¿Qué te ha sucedido?

Lía.—Después de tanto trabajo cuando estaba por terminar el deber, se me ensucia de tinta. ¡A nadie, a nadie, le pasa lo que a mí.

Esther.—Pero, no es necesario desesperarse...

Lía.—(Con aflicción) ¿Y qué otra cosa puedo hacer?

Esther.—(Con cariño) Tienes que convencerte,

Lía, que de muchas cosas que te pasan, tú tienes la culpa. Tu carácter es muy arrebatado.

Lía.—(Llorando) Lo único que falta es que me acuses; como no sufro bastante!

Esther.—Lo hago porque tengo interés en corregirte. Ahí en ese papel (uniendo los pedazos rotos y mostrándoselos a su hermana), sólo había caído un borrón fácil de quitar con la goma.

Lía.—¿Y qué necesidad tenía de presentar mis deberes raspados?

Esther.—No se hubiera conocido mucho.

Lía.—A tí todo te parece bien.

Esther.—Y dime: ¿es mejor lo que has hecho? Todo tu trabajo se ha perdido y tendrás que hacerlo nuevamente.

Lía.—¡Ni pienso! Porque estoy segura que antes de terminarlo me pasará otro percance.

Esther.—(Cariñosamente) Atiéndeme y convéncete. En nuestra vida escolar, muchos de estos accidentes se presentarán y si todos vas a llevarlos al último extremo, te prepararás momentos muy desagradables.

Lía.—Sí, sí, reflexiones... Consejos, sabemos dar todos. Yo también, si tú quieres, te hablo de paciencia, de perseverancia, etc., etc.; pero quisiera ver a los que se encontraran en mi caso qué harían...

Esther.—Sabrían dominar los impulsos de su ira y tomarían los acontecimientos por el lado bueno.

Lía.—(Conmovida) Si fuera una sola cosa la que me saliera mal, ¡vaya y pase!; pero, todo, todo me sale al revés! Siempre me persigue la desgracia.

Esther.—No, no llames desgracia a lo que sólo es obra de la imaginación; no te exaltes abultando los hechos. Si reflexionas tranquilamente verás que no hay en todo esto más que una niña de carácter irascible que no sólo pasa ella malos momentos sino que hace sufrir a su hermanita que tanto la quiere.

Lía.—(Llorando) Lo que más me mortifica es que en lugar de darme razón, me culpas. (Reprochándole) Y dices que me quieres... Yo no veo en esto nada de cariño.

Esther.—Porque tienes una idea errónea de él.

Lía.—No lo creo.

Esther. — ¿Te parece que te demostraría más aprecio felicitándote por lo que acabas de hacer?

Lía.—No digo felicitarme... pero tampoco culparme del todo...

Esther.—Te acuso, aunque con sentimiento, porque espero que reflexionando veas la razón y te corrijas.

Lía.—Yo no puedo callarme cuando...

Esther.—(Interrumpiéndola) ¿Y crees que eres la única que tienes contrariedades? ¿Piensas que los demás encuentran las cosas arregladas a su paladar?

Lía.—Yo no siento quejarse a nadie...

Esther.—Todos, hermana mía, en ocasiones te-

nemos que poner a prueba nuestra paciencia si queremos triunfar. No te oculto que para algunas personas será un poco difícil, pero todo está en habituarse a ello.

Lía.—(Convenciéndose) A todo le hallas solución.

Esther.—Ten confianza en mí, que te aconsejo guiada por el cariño que te profeso, y piensa que será un día muy feliz cuando te vea corregida. Hablo a tu corazón; confío que no me desoirás. ¿Verdad?

Lía.—Siempre consigues lo que quieres con tus buenas palabras. Me siento dispuesta a empezar mi trabajo. (Con resignación) Veremos si esta vez soy más afortunada.

Esther.—Así me gusta (abrazándola), y me parece que ahora te quiero más.

Lía.—Gracias, engañadora.

EL GRITO DE LOS ANIMALES

(Una niñita dirigiéndose a un grupo de compañeras les muestra sus manos cerradas en las que ha escondido un pollito ⁽¹⁾ y les dice):

Zulema.—Tengo un regalo para ustedes.

Todas.—¡Qué suerte! ¿a ver?

Zulema.—No, no; será para la que adivine lo que es.

Todas.—Muéstranos un poquito.

Zulema.—(Sonriendo) Sólo les diré que se trata de un animalito y el premio será para quien acierte su nombre e imite el grito.

Todas.—(Levantando una mano) Yo... yo.

Zulema.—(Sonriendo) Despacito... una por una... en orden.

(Las niñitas forman un semicírculo).

—Tú—dice Zulema, indicando la primera niña de la fila—¿A ver qué dices, Aurora?

Aurora.—¿Será un perrito? (ladra).

(1) Artificial

Zulema.—(Riéndose) No.

—¿Entonces un gatito?—contesta la segunda—
(maulla).

Zulema.—Tampoco...

Susana.—Seguramente es un caballito (agrega riendo la tercera imitando el relincho de este animal).

Zulema.—¡Qué esperanza!

Dora.—Con seguridad yo adivino; es una vacuita... (muge).

Zulema.—De ninguna manera... Es más pequeño.

Nerea.—Entonces una ovejita (bala).

Zulema.—No tiene lana.

Elsa.—Ya sé, ya sé; es un cerdito (gruñe).

Zulema.—Ti-e-ne plu-mas...

Elena.—¡Acabáramos! Un gallo (canta).

Zulema.—No tiene las hermosas plumas de un gallo...

Delia.—¿Será una gallina? (cacarea).

Todas.—No acertamos. Dinos su grito.

Zulema.—(Va retrocediendo abriéndose camino para escapar) Su grito... su grito... hace pío... pío. Lo muestra mientras corre diciendo:—Pío... pío... El pollito es mío. (Las niñas la siguen para alcanzarla).

LA CURA DE UNA GOLOSA

Luisa era muy golosa. Hallándose un día sola en el comedor, vió al alcance de su mano un tarro de dulce dentro de un armario y queriendo hacer una de las suyas, mira para todos lados a fin de cerciorarse de que no hay nadie y convencida de ello, dice hablando consigo misma:

—¡Qué suerte! ¡Quién lo hubiera pensado! Hoy va a ser fiesta para mí! (abre el armario, se apodera de la vasija que contiene el dulce, la abre y probando un poco del contenido, dice mientras lo saborea): Parece de ciruela... sin embargo (probando otro poco) tiene sabor a membrillo... aunque es muy posible... (prueba otro poco) que sea de cerezas. ¡Ah! yo, cuando sea mayor, creo que no haré otra cosa que preparar postres. Nada hay que valga tanto como ellos. La vista... el sabor... ¿y para cuándo pensará guardarlo mamá? ¡Es tan sabroso!... aunque no puedo acertar de qué será (mira la vasija en su contorno y de pronto dice); ¡Qué tonta! aquí hay una etiqueta. (La lee) ¡¡Veneno!! (Suelta la va-

sija y cae al suelo gritando): ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Me muero! ¡Me muero!... (A los gritos acude la madre, quien, dándose cuenta de la situación que ella había preparado expreso para escarmentar a la hija, le dice tranquilamente):

Madre.—¿Qué hay? ¿por qué gritas?

Luisa.—(Levantando más la voz) ¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Me muero!... ¡me muero! ¡La Asistencia Pública! (Viendo que la señora parece tranquila, la hija grita cada vez más) ¡El médico, mamá!... ¡El farmacéutico! ¡Me muero... me muero!...

Madre.—Acaba de decirme qué has hecho? — interroga la mamá.

Luisa.—Me *maté*, mamá... comí... (señalando la vasija que contenía el dulce) comí... eso... eso...

Madre.—Suponía que esto iba a pasar — contestó riendo la señora — y lo dejé a propósito al alcance de tu mano.

Luisa.—(Con terror) ¡Cómo, mamá! ¿Has querido matarme?... ¡Auxilio!! ¡Auxilio!!...

Madre.—Tranquilízate—responde la mamá levantando a la niña con cariño—el contenido de ese tarro no tiene de veneno más que el nombre; lo que hay en su interior es inofensivo...

Luisa.—(Vuelta de su asombro) ¿Estás segura, mamá? ¿No me engañas? ¿No me moriré?...

Madre.—Por esta vez, no, hija mía; pero creo que la lección te servirá de escarmiento. Conforme

no es venenoso, podía haber sido. La gula te hace cometer imprudencias que pueden costarte caras.

Luisa.—(Con resolución) Te prometo, mamá, que no me pasará otra vez. Puedes colocar a mi alcance cuantas golosinas quieras, que aunque diga *dulce* y DULCE y DULCE no las tocaré. Te lo aseguro, porque me he dado un susto mayúsculo.

Madre.—Estoy contenta de que te haya aprovechado. Para celebrar tu decisión vamos juntas a comer tranquilamente el dulce, motivo de tu susto.

AL QUE TRABAJA SE PREMIA...

La mamá de Juan y Antonio, dos niños alumnos de primer grado, los conduce hasta la mesa de trabajo donde se hallan esparcidos los útiles escolares y les dice:

Madre.—¡Vamos! A escribir el deber. ¿Cuál es?

Juan.—Con la palabra payaso y las vocales *e i* formar otras nuevas.

Madre.—Bien—dice la señora—hagamos un trato: ustedes hacen bien, muy bien su trabajo y cuando terminen, como premio, los llevaré al circo.

Los dos.—¡Qué suerte! Sí... sí...!

(Juan se dispone a escribir en un pizarrón, la señora sale. Antonio, acercándose a su hermano, le tira de la manga diciéndole):

Antonio.—¿Te gustaría ser payaso, Juan?

Juan.—(Molestado) Déjame de conversación.

Antonio.—(Insistiendo) ¿Te acuerdas cuando nos disfrazamos el año pasado?

Juan.—¡Déjame! te digo—contesta Juan malhumorado.

Antonio.—Seguro, que para este año me quedará corto el traje, voy a probármelo. (Sale) Juan continúa escribiendo y deletreando las palabras que forma. De pronto, Antonio se presenta vestido de payaso y trayendo en la mano un *payasito* de cartón movable, a quien pregunta con aire de autoridad imitando la entonación peculiar que los payasos usan al hablar en público:—*Osté* tiene lengua? (lo mira). Yo voy a enseñar *osté* muchas lenguas. Diga: buen día en italiano, *Buon giorno* (lo mira fijamente haciéndose el enojado). ¿No sabe?... Bien... diga... buen día en francés: *Bon jour*... ¿no sabe?... Bien... diga... buen día en inglés... *good day*... ¿no sabe?... (admirándose). *Entonce osté* está... está... *mucho ignorante*... Tiene *osté* la cabeza... *moy*... dura. (Lo sacude) Yo quiero ablandarla con ejercicio. Vamos... (golpeándole en la cabeza con la mano e inclinándosela bruscamente ya a un lado o a otro). Uno... dos... tres... cuatro. Diga... *osté* ahora los puntos cardinales... Norte... (haciéndoselos señalar bruscamente) Sud... Este... Oeste... Diga *osté* solo... (lo mira fijamente) ¿*osté* no sabe?... *Entonce*... está *mucho*... pero MUCHO pero MUCHO ¡tonto! *Osté* está... (Viendo Antonio que viene su mamá trata de ocultarse debajo de una mesa. La señora, al ver el trabajo de Juan, lo felicita; éste, contento, lee en voz alta lo que ha escrito).

Madre.—Veo que te has empeñado. Estoy muy

contenta, exclama la madre con dulzura. ¿Y Antonio? (Al terminar lo cual repara en el niño que está debajo de la mesa) ¿Qué haces ahí con ese traje?

Antonio.—Yo—dice éste, aturdido—yo... iba... a escribir...

Madre.—¡Ah! ibas a escribir? ¡Muy bien! tienes tiempo sobrado para hacerlo, mientras nosotros estemos en el circo divirtiéndonos. Me figuro en lo que has pasado el rato. (Salen la mamá y Juan).

Antonio medita sobre lo sucedido:—¡Es justo! yo me divertía mientras él trabajaba; ahora él se divierte y yo trabajo. ¡Paciencia! quién me mandó ser tan tonto. Al que trabaja se le premia. Al holgazán se le castiga. Aprendan, aprendan con mi ejemplo si no quieren sufrir las consecuencias. A trabajar, Antonio, y basta de charla. (Se retira al terminar estas palabras).

EL CAMUATÍ

I

En las islas de mi patria
se conoce el camuatí,
un insecto muy pequeño,
que allí mora entre otros mil.

2

Incansable en su trabajo,
laborioso sin igual,
va y viene presuroso-
y elabora su panal.

3

Al final de sus fatigas,
puede siempre recoger
en las celdas de su casa,
la sabrosa y fresca miel.

4

Yo también en la colmena
de la escuela, quiero ser
el pequeño laborioso,
que coseche dulce miel.

5

Quiero el néctar de la ciencia
ir libando siempre así;
imitando en sus afanes,
al pequeño camuatí.

LA SOBRIEDAD

Amalia.—¿Qué tienes en la frente?

Ofelia.—¿Dónde, aquí? (tocándose la frente donde se verá una mancha simulando un cardenal).

Amalia.—Sí, te veo una mancha grande.

Ofelia.—Me caí de la cama. (Riéndose).

Amalia. — (Sorprendida) ¿De la cama? ¿a tu edad?... ¿Te caíste de la cama? ¡Já, já, já, já!

Ofelia.—(Contrariada) Fué una casualidad...

Amalia.—¡Já-já, já-já!

Ofelia.—(Ofendida) Siempre te burlas.

Amalia.—¡Me parece que te veo!... ¡Caerte de la cama!

Ofelia.—A tí podría haberte pasado lo mismo.

Amalia.—¿A mí? ¡Nunca! (Riéndose).

Ofelia.—Si hubieras hecho lo que yo...

Amalia.—¿Qué hiciste? ¿Soñabas que estabas peleando?

Ofelia.—No.

Amalia. — (Burlándose) ¿Que jugabas a la mancha?

Ofelia.—Tampoco.

Amalia.—¿Entonces?

Ofelia.—Te voy a contar. Ayer fué el cumpleaños de papá y con tal motivo hubo en casa una pequeña fiesta. Había abundancia de golosinas y ya me conoces... comí y no pocas.

Amalia.—¡Me parece que te veo!

Ofelia.—Mamá me observó varias veces que no era conveniente ese abuso, pero yo, no conforme con las que había comido, me guardé algunas en el bolsillo para dar buena cuenta de ellas cuando estuviera en la cama.

Amalia.—¡Qué estómago!

Ofelia.—Eran tan sabrosas que las devoré en pocos minutos.

Amalia.—¡Qué buitre!... (Riéndose).

Ofelia.—Comiéndolas me quedé dormida... No sé cuánto tiempo habré estado así. De pronto me pareció estar en un jardín hermosísimo. Caminaba lentamente embriagándome con el suave aroma de las flores, cortaba las que me parecían más hermosas...

Amalia.—Era agradable tu sueño.

Ofelia.—Ahora verás. Cansada, me siento al pie de un árbol y miro a mi alrededor. Un espeso bosque se extendía ante mí, algunos gritos extraños llegaban confusamente hasta mi oído... el cielo cubría-se poco a poco de espesas nubes...

Amalia.—El asunto se pone serio...

Ofelia. —Atemorizada por el espectáculo que contemplaba, me levanté con ánimo de proseguir mi camino, y a poca distancia contemplo un hermoso elefante blanco que llevaba tranquilamente con su trompa algunas hierbas a su boca. Encantada, me detuve a mirarlo, calculando que si nosotrasuviéramos su estómago, podríamos comer mucho más...

Amalia. —(Sonriendo) ¡Qué atrocidad!...

Ofelia. —Pensaba en esto, cuando dirigí, distraída, la mirada al suelo. ¡Ah! cada vez que me acuerdo me horrorizo... Una inmensa serpiente de cascabel levantaba la cabeza amenazadora hacia mí. Ya sentía en mi carne el diente venenoso del reptil; miro desesperada a todos lados...

Amalia. —¡Qué momento de angustia habrás pasado! ¡Tiemblo al imaginarlo...

Ofelia. —Un sudor frío me corría por el cuerpo, temblaba, tenía ganas de gritar y no podía, traté de huir y tal vez en el esfuerzo que hice me caí al suelo.

Amalia. —No era para menos...

Ofelia. —En mi desesperación, veía a la serpiente aproximarse cada vez más. Sentía ya mi cuerpo oprimido por sus criminales anillos, dirigí la vista en torno en demanda de auxilio y sólo percibí al elefante blanco que comía tranquilamente...

Amalia. — No quisiera pasar por ese trance... ¡Cuánto habrás sufrido!

Ofelia. —Temblando de miedo, me acordé que

el elefante es un animal bueno y empecé a gritar desafortadamente: ¡Elefante! ¡Mi querido elefante! ¡Sálvame!... No quiero tener tu estómago, no. Lo que te pido es que con tu larga trompa me lleves lejos, muy lejos de aquí... Entonces... apenas pude creerlo... siento que me levantan con suavidad y parecióme oír confusamente una voz que me decía: Ofelia: ¿qué tienes? ¿Por qué gritas?...—No puedo decírtelo, elefante—repuse medrosamente—¡llévame! ¡llévame!...—¡Cálmate, hija mía!—dijo una voz en la que reconocí la de mi madre—¿dónde quieres ir?—Lejos, muy lejos, mamá, porque me comen, me matan...—¡Tranquilízate! nadie trata de hacerte daño, —prosiguió mi madre, haciéndome subir al lecho.—Tú no lo sabes, mamá, repuse sollozando... he sufrido atrocemente, me siento morir..... Una serpiente...—¡Déjate de serpientes—me interrumpió; no acuses a otros de tus propias culpas. La serpiente que tanto te ha hecho sufrir es la cantidad de golosinas que comiste ayer. Otra vez sé moderada si no quieres pasar los malos momentos de esta noche ocasionados por la indigestión.

Amalia.—¡Cómo te habrías aprovechado!

Ofelia.—Calcula. Tomé un calmante que me preparó mamá y pude dormir más tranquila, pero te aseguro que nunca me olvidaré del susto que me he llevado.

Amalia.—Y que tenías bien merecido. Ahora pien-

so que en tu lugar, me hubiera sucedido lo mismo.

Ofelia.—Esto te enseñará a no juzgar apresuradamente. (Riéndose).

Amalia.—Y a tí a comer... *moderadamente*, recordando que *no se debe vivir para comer sino comer para vivir*.

EXAMEN DE CONCIENCIA

MONÓLOGO

(Una niña de pie delante de su mesa de estudio, mira los libros y pronuncia en voz alta su pensamiento):

¡Lo que me causa gracia es mi calma! Faltan tan pocos días para el examen y en tan corto tiempo pienso *yo* estudiarme todo esto! ¡já... já... já... já...! De mirar los libros solamente me da miedo. No sé por donde empezar; ni cual hojear primero, porque, a la verdad, todos me son desconocidísimos, creo que habrá muchos con las hojas sin abrir; en fin (buscando con la vista uno), puede ser que encuentre alguno que me sea simpático. Veamos (toma uno). ¡Historia!... Si yo tuviera poder éste sería el primer libro que iría al fuego (lo arroja con ira sobre la mesa). ¿Para qué necesito saber todo lo que hicieron nuestros antepasados? ¡Qué me importa! No tengo interés en averiguarlo. ¡Lo que es por esto no me voy a quebrar la cabeza, seguro. Además... dar examen de historia ¡es fácil! con nombrar dos o tres generales, hacer combatir sus ejércitos de manera que uno salga victorioso y otro derro-

tado, ¡asunto concluído! Alguna fechita de cuando en cuando para que parezca más gracioso y ¡párese de contar!... (Tomando otro libro) ¡Aritmética! ¡Aritmética! aquí si voy a verme apuradísima para responder; esto de números es asunto grave. Pero (con angustia) ¡cuándo aprendo todos estos barullos de signos, marcas, rayas y... la mar! (Cantando) Tra-la la lará... (Saludando al libro) Hijita, yo te estudiaría *haciendo un sacrificio*, pero estoy segurísima que no voy a comprenderte. Ya ves que no es voluntad lo que me falta sino talento. (Mirando al descuido otros libros) ¡Ah! ¡por fin! encuentro aquí uno medio simpático... ¡la geometría! Esto siempre me ha gustado, es decir, ver resolver los problemas por otros. Me han parecido las figuras muy bonitas y fáciles, porque mis compañeras, trazaban líneas ligerito (las dibuja en el aire), hablaban de $a + b + c$, etcétera, y ya estaba todo. (Examinando con detención el texto) Sin embargo... aquí hay cosas... raras para mí... líneas que se cruzan por todos lados... figuras cuadradas, redondas, largas, angostas, anchas... ¿Y *todo esto* quiero yo saber? ¿Desde cuándo tan inteligente, hija de mi alma! Ni te pongas en este trabajo, porque a riesgo de perder el *juicio* vas a quedar tan enterada como antes. (Dejando el libro) Esto no es para tí. (Toma otro; pensativa) ¡Idioma Nacional! Una asignatura que debía borrarse sin más trámite del programa. ¿Para qué se necesita

saberla? ¿Acaso es muy importante escribir con *m* o con *n* antes de *p* si al fin de cuentas se comprende lo que queremos decir? ¿Quién no sabe que *mesa*, *banco* y *silla* son substantivos, *yo* pronombre y *caminar* verbo? ¡Ah! ¡los verbos! ¡¡los verbos!!... No me olvidaré la vergüenza que por ellos pase ayer! Querían que conjugara uno no sé en que tiempo, persona y número... cosa que nunca había estudiado, porque no me gusta, francamente, no me gusta! (Reflexionando) Pero, vamos a ver en resumidas cuentas: ¿qué es lo que me gusta a mí?... ¡Nada! (Coloca bruscamente el libro sobre la mesa) Todas las asignaturas son como si las leyera en latín, y no sé examen de qué voy a dar, si no sé *nada*, si NADA entiendo y NADA voy a aprender en estos días, porque es *materialmente* imposible que pueda engullirme todo esto. ¡Ni soñarlo!... Tiene razón mamá, las cosas deben hacerse a su tiempo... Si hubiera estudiado cuando debía, no me encontraría ahora en aflicciones y sobre todo no me reprobarían en el examen, porque eso y no otra cosa es lo que me va a suceder... y con justísima razón... Pensando bien ¡qué vergüenza! ¿Pero, qué hago ahora? No tengo más remedio que tener paciencia y procurar enmendarme en el futuro. ¡Es imposible continuar así! El año próximo no perderé mi tiempo inútilmente. ¡La lección me será provechosa! Por éste me resignaré...

LAS HERMANAS

Una niña se dispone a escribir el deber dado por su maestra; otra, entra precipitadamente y encarándose a la primera, le dice:

Elsa.—¡Siempre la misma! ¿Qué necesidad tenías de decirle a mamá, que teníamos un trabajo de la escuela para hoy?

Aída.—Ella, me preguntó—contesta la interpelada.

Elsa. — Podías haberle respondido que no teníamos.

Aída.—(Indignada) Y ¿por qué iba a mentir?

Elsa.—Siempre por hacerte la *gran cosa* tengo que pagar yo también. Hoy no quería estudiar.

—*Aída.*—(Sonriente) Cuándo es el día que deseas hacerlo. Déjame tranquila, Elsa (se dispone a escribir).

Elsa.—(Mirando el lápiz con que escribe su hermana) ¡Me gusta! ¿Con qué sabías apoderarte de lo ajeno?

Aída.—¿De lo ajeno? ¿Es acaso tuyo este lápiz?

Elsa.—Sí, *señorita*; anoche me lo prestó papá.

Aída.—(Riéndose) ¿Y no puedo usarlo yo?

Elsa.—Cuando te lo presten.

Aída.—¡Qué tontería! ¡Déjame escribir! (con enfado).

Elsa.—No, no te dejaré. Dame mi lápiz.

Aída.—(Con disgusto) No te doy nada.

Elsa.—¡Que no me lo das! (amenazándola). Veamos. (Se esfuerza en quitárselo; no pudiendo conseguirlo llama a grandes voces a la mamá). Esta última aparece sorprendida, diciendo:

Madre.—¿Qué sucede?

Aída.—(Quejosa) Elsa no me deja escribir, me está incomodando.

Elsa.—(Desafiándola con la mirada) ¿Por qué no dices el motivo? Yo quiero lo que es mío.

Aída.—Aquí no hay nada tuyo.

Elsa.—Sí, *señora* (contesta enojada).

Aída.—Es de papá...

Madre.—Acabarán de explicarme—interrumpe la señora—¿de qué se trata?

Aída.—Este lápiz que dice...

Elsa.—Me lo prestó papá.

Madre.—Vaya un motivo para discusiones—responde la mamá.—Aquí tienes otro (tomando uno que tendrá en el bolsillo y dándoselo a Elsa). ¡Quédense tranquilas! (Sale).

Aída.—(Haciendo burla a su hermana). Has visto que mamá me lo dejó a mí.

Elsa.—¡Qué importa! Me dió uno mejor.

Aída.—Lo dices de envidia.

Elsa.—La envidiosa serás tú, porque el mío es más lindo (mirándolo).

Aída.—¿Qué tiene de particular?

Elsa.—(Enseñándoselo) Este adorno de *plata*.

Aída.—¿De plata? Se necesita ser bien ignorante para llamar *plata* a lo que es lata pura. ¡Já já, já, já!

Elsa.—(Enojada) No te rías de mí, porque más ignorante eres tú.

Aída.—¡Já, já, já, já! No me hagas reír.

Elsa.—(Amenazándola). Sigue burlándote.

Aída.—¡Já, já, já, já.

(Elsa corre a la hermana con intención de alcanzarla para pegarle; ésta llama):

Aída.—¡Mamá! ¡mamá!

(La señora acude).

Madre.—Se han propuesto desesperarme. Creen que no tengo otro quehacer que estarlas mirando. Es necesario que traten de terminar su trabajo si no quieren ser severamente castigadas (sale). (Las niñas se sientan en actitud de cumplir lo que la mamá les ha indicado dándose la espalda; a un tiempo, al volverse, se encuentran con la mirada).

Elsa.—¿Por qué me miras?

Aída.—Y ¿cómo sabes que yo te miro?

Elsa.—Porque te veo.

Aída.—¿Y cómo me ves?

Elsa.—Porque te miro.

Aída.—Bueno, no me mires. No me verás.

Elsa.—¡No faltaba más! Porque lo mandes tú no voy a mirar. ¡No faltaba más! Es mejor que no te haga caso. Cada día estás más atolondrada.

Aída.—Dímelo otra vez.

Elsa.—Te lo diré cien mil veces. Crees que por-
que abras los ojos me voy a asustar?

Aída.—(Amenazándola) Continúa, verás lo que
te sucede.

Elsa.—¡Ay qué miedo!... (corre para burlarse).

(*Aída* la persigue; al ruido entra la 'mamá, quien,
al ver la actitud de las niñas, se detiene sorprendida).

Madre.—Es una gran satisfacción para una ma-
dre observar lo que veo. Después de los ejemplos
de trabajo y cariño dados en el hogar, esta es mi
recompensa. (La señora se sienta en actitud pensa-
tiva).

Aída.—Mamá, nosotras no hemos querido dis-
gustarte. Es cierto que tenemos el carácter ligero
y nos sublevamos fácilmente, pero en el fondo nos
queremos mucho.

Elsa.—Sufrimos sinceramente, mamá, al verte
contrariada...

Madre.—Si así fuera, creo que evitarían en lo

posible causarme disgustos. El afecto no se demuestra con palabras, sino con hechos...

Aída.—¡Mamá! ¡Mamá! Todo aceptamos menos que dudes del cariño de tus hijas.

Elsa.—Te prometemos, mamá, no causarte más contrariedades... ¿Nos perdonas?

Madre.—El perdón será concedido cuando me probéis que la promesa no se ha hecho en vano.

Ambas. — Gracias, mamá. Entonces contamos con él.

LA BANDERA ARGENTINA

Es esta la bandera
azul, esplendorosa,
que con orgullo santo
Belgrano nos legó.
Allí en Chacabuco,
en los campos de Maipo,
en Suipacha, sus pliegues
con lauros adornó!

Mirad con qué donaire
se riza al soplo leve
que besa de sus fajas
el puro azul color;
parece que la brisa
al penetrar en ellas,
de San Martín el nombre,
murmura con amor.

Manuel Belgrano, López,
Alvear, Castelli, Paso,

Moreno y otros héroes
recuerda el pabellón;
también ahí en su centro
con letras indelebles,
el nombre divisamos
del bravo Pueyrredón.

El alma se conmueve
al contemplarla bella,
y henchido de orgullo
se siente el corazón;
al ver que siempre puro,
feliz, inmaculado,
flamea de la patria
el invicto pendón.

BUENOS PROPÓSITOS

(Una niña pasea nerviosamente, diciendo):

¡Ah! otra vez a la escuela! ¡Cuándo se acabará la *función*! Yo quisiera aprender pronto, así al fin descansaría; pero ¿cuándo estudio? ¿A la noche?... me muero de sueño. ¿A la mañana? ¡quién habla de la mañana!... da tanto gusto quedarse en la cama!

Yo me despierto temprano, es verdad, quisiera levantarme en seguida; pero una fuerza desconocida me detiene y cuando viene mamá a avisarme que es *hora* que me prepare para la escuela, quisiera prenderme los párpados con un alfiler; que el sueño se apoderara de mí por días, semanas y meses para excusarme de ir.

A veces, consigo robarle a mamá algunos minutos cuando se acerca a llamarme, porque cierro con fuerza los párpados, respiro ruidosamente y me quedo quieta; pero otras, cuando quiero intentar mi a veces feliz artificio, mis propósitos se frustran, pues mamá, sin miramiento alguno, me sacude de un brazo, al principio suavemente, pero como mi fin-

gido sueño persiste, se sulfura ¡no hay remedio! y las sacudidas arrecian...

Cuando mi brazo no puede resistir más semejantes *halagos*, me aventuro a abrir un ojo somnoliento, tímido, perezoso y haciéndome la desentendida me vuelvo del otro lado... pero escucho estas palabras acompañadas por cierto de ademanes *muy expresivos*: «¡Levántate, Elcira, pues tienes que repasar la lección». “*Repasar*—murmuro para mis adentros—REPASAR... ya quisiera yo ser tan ilustre para permitirme semejante lujo... ¡Repasar!! ¡No faltaba más! Tengo que *estudiarla*, sí señora, ESTUDIARLA con todas sus letras». Pero como es necesario hacer algo, pues mamá permanece inmóvil esperando mi resolución, saco un brazo fuera de la sábana, lo estiro; me siento, empiezo a restregarme los ojos... ¡Nada! mamá permanece como una estatua. Viendo de soslayo que sus ojos presagian una tormenta, me empiezo a poner las medias y como mis intenciones andan a la par del tiempo, las coloco al revés... pero al llegar aquí ¡arde Troya!... mamá, en cuatro estirones me las endereza y las coloca en su sitio como nunca, dejándome las piernas como si me hubieran aplicado sinapismos. ¡No hay remedio! ¡Siempre ha de ser así!... ¡Tengo que decidirmel... ¡Que haya de ser tan desgraciada!... Muchas veces me pregunto: ¿quién habrá inventado los libros? ¡Algún desocupado!... Y digan si no tengo

razón... (tomando un libro) estos papeluchos llenos de garabatos, ¿para qué sirven? ¿Qué provecho me dan? Hacerme gastar la paciencia y quemar las pestañas a la luz de la vela. ¡Nada más! (Con ironía) ¡El libro! ¡La gran maravilla! ¡La hermosura del siglo! ¡Quién te habrá ideado! Por culpa tuya paso las horas más tristes de mi vida. Por culpa tuya estoy aquí metida en casa, clavada en una silla, envidiando la suerte de todo el que pasa por la calle... Pero, es necesario que me decida. Mamá me ha hecho presente que con mi negligencia doblo mis años de estudio, pues necesito más tiempo que mis compañeras estudiosas para terminarlos y aunque sea por la cuenta que me tiene, debo cambiar de sistema... ¿Ensayaré?... Es lo mejor que puedo hacer... inteligencia no me falta, lo que escasea es la voluntad; ¡la tendré!... y el provecho será mío. ¡Adelante!

EL BAUTIZO DE LILY

Dos niñas arreglan las sillas de la sala mientras esperan a unas amiguitas que han invitado a la reunión. Una de ellas, que figura como mamá de la muñeca que se va a bautizar, dice:

Julia.—¡Cómo pasa el tiempo! Ya las dos.

Mamá.—No tardarán en llegar.

Julia.—¡Qué contenta estará hoy Celia!...

Mamá.—Toda su ambición era que la nombraran madrina; así es que no cabrá en sí de gozo.

Julia.—No lo estará menos María Luisa, a quien agradan las fiestas y que es tan divertida.

Mamá.—Me extraña no verla aún por aquí.
(Entra la aludida).

Julia.—Hablando de Roma...

M. Luisa.—(Sonriendo y estrechándoles las manos) ¡Calumniadoras! ¿Qué decían de mí?

Mamá.—Cosas agradables.

M. Luisa.—No me extraña, conociendo la amabilidad de ustedes...

Julia.—¡Aquí llega Inés!

Inés.—¡Tanto gusto de verlas!

Mamá. — Le mismo decimos. ¡Cómo tardan las demás!

Julia.—Estarán de gran *toilette* y se les habrá pasado la hora.

(Entra un grupo de niñas).

Aurora.—Buenas tardes

Todas.—Buenas.

Rosa.—¿Las hemos hecho esperar?

Mamá.—Todo está compensado con la alegría de tenerlas a nuestro lado.

Todas.—Muchas gracias.

Aurora.—Lo que me extraña es que no haya llegado Celia

Celia.—(Que ha oído las palabras anteriores, dice:) ¡Presente!

Todas.—¡Bienvenida!

Celia.—¡Agradecida! ¿Y la nena?

Mamá.—Vendrá al instante. (Toca el botón de la campanilla y aparece una niñera trayendo una muñeca vestida de bebé).

Todas.—¡Aquí está! ¡Viva la nena!

Julia.—¡Tan graciosa!

M. Luisa.—Qué ojos más lindos.

Inés.—Qué carita tan simpática.

Rosa.—Un besito, nena, a mí.

Celia.—¡Basta! La vais a marear.

Mamá.—¡Qué exageración!

Aurora.—Y a todo esto, *señora*, ¿cómo llamará a la niña? (dirigiéndose a la madrina).

Celia.—Con un nombre muy bonito.

M. Luisa.—¿Luisa?

Inés.—¿Lola?

Rosa.—¿Sofía?

Aurora.—¿Elena?

Julia.—¿Asunción?

Celia.—Ninguna habéis acertado.

Rosa.—¿Con qué letra empieza?

Celia.—(Sonriendo) Con *L*.

Rosa.—¿Y concluye?

Celia.—(Riéndose) Como debe concluir...

Rosa.—(Como enfadada) Vaya una respuesta bien singular.

Celia.—No te enojés, concluye con.....

Julia.—¿Leonor?

M. Luisa.—Lelia?

Inés.—¿Lucía?

Celia.—No acertáis...

Rosa.—Pues por vencidas nos damos.

Todas.—Dílo, dílo tú.

Celia.—Pues esta *señorita* que veis calladita aquí le pondremos como nombre, la *señorita* Lily.

Todas.—¡Hurra por la nenita!

Aurora.—¡Que viva Miss Lily!

Mamá.—Muchas gracias en su nombre.

Aurora.—No hay de qué, *bella señora*.

Mamá.—Lo que es nuestros amigos (aludiendo a un grupo de jóvenes invitados) se están haciendo desear...

Celia.—Sus muchas ocupaciones no les habrán permitido llegar aún; para acortar el tiempo podemos ensayar el canto que entonaremos luego en la fiesta.

Mamá.—Buena idea.

Todas.—Empecemos. (Cantan o declaman).

¡Oh! que día más hermoso!
Con qué tierno sentimiento
rebotando de contento
nos palpita el corazón.
Aquí está la linda nena
cuya fiesta celebramos
y a quien todos profesamos
un cariño sin igual.
Siempre así dulce bien mío
conservemos los primores
de las más hermosas flores
que cultiva la amistad.

(El grupo de niños que ha escuchado el canto desde su principio hallándose cerca de la puerta del salón donde estaban reunidas las niñas, penetra diciendo después de aplaudir):

Raúl.—¡Muy bien! ¡muy bien! señoritas. Nuestros plácemes a las cantoras.

Celia. — (Sonriendo Esto es una indiscreción. Nosotras no queríamos que lo oyeran hasta más tarde.

Ricardo.—Tendremos así un doble placer.

Mamá.—Siempre tan atento Ricardito. Vamos a darle el sitio de preferencia como compañero de la madrina (presentándola).

Ricardo.—(Saludándola) Muy honrado, señorita...

Celia.—Muchas gracias.

Ricardo ofrece el brazo a su compañera y dirigiéndose a los demás, les dice: —Sigan mi ejemplo.

(Los otros buscan sus parejas. Alguno de los jóvenes toma dos compañeras de manera que uno queda sin ella. Hay que advertir que el número de varones debe ser igual al de las niñas que figuran en el grupo. El que ha quedado sin compañera dice mirando para todos lados):

Juan Manuel.—¿Y yo? Me han dejado sin *nada*... ¡Esto no es posible! Pues bien, me vengaré acompañando a la *reina de la fiesta*. (Toma la muñeca de brazos de la niñera y sale detrás de los otros).

Todos.—¡Bravo! ¡Bravo! Juan Manuel—repiten los otros en coro (lo aplauden)—Abranle camino.

Mamá.—Pasemos al salón.

LA PAJA EN EL OJO AJENO

(Una niña habla a su muñeca).

—Dime, holgazana; ¿hasta cuándo piensas estar en la misma página? ¿No te da vergüenza ver a tus compañeras que ya saben leer? ¿No te ruborizas al decirle a tu maestra *no sé la lección*? Yo me caería de espaldas y tú ni siquiera bajas la vista (amenazándola). Pero hoy no te moverás de aquí hasta que me sepas leer per-fec-tí-si-ma-mente esta página (indicándole una) ¿me has entendido? Todas las hijas de mis amigas adelantan que es un gusto, yo solamente tengo esta haragana que siempre está en lo mismo y me lleno de vergüenza cuando me preguntan por tus adelantos, y tú siempre tranquila... ¡imposible! y ¡qué digan lo que quieran! ¡Se te pasea el alma por el cuerpo!... Tienes verdadera sangre de *horchata*. (Afligida) ¡Ah! si yo tuviéra tu genio sería mucho más feliz.....

(La mamá de la niña que ha oído todo lo que ésta ha dicho, pues se hallaba cosiendo en la habitación inmediata, le parece apropiado el momento para intervenir y acercándose a ésta le dice sonriendo):

—Perdona, hija mía, que interrumpa tu lindo discurso; pero como es costumbre que las abuelas salgan en defensa de sus queridas nietas, tendré que hacerlo yo por la mía. Parece que esta niña (acariciando el rostro de la muñeca) es una picacona que no estudia, que no aprende, que *está siempre en la misma página*. ¡Avergonzando a todos! a su mamá que se desvela porque sea instruída, a sus maestras que se afanan por lo mismo.

—Pero, mamá, tú te disgustas de veras; yo lo hacía jugando, con mi muñeca...

—Sigamos el juego—responde seriamente la señora—el resultado puede sernos provechoso ¿no te parece?

(La niña inclina la cabeza, ruborizada).

—¿Cómo?—continúa la mamá—¿Por qué no me contestas? Hace un momento tanta elocuencia ¿y ahora? ¿Te has quedado sin palabras? Habla. ¿Por qué lloras?

—Mamá, yo sé lo que vas a decirme; pero, no no me reprendas. Me corregiré, estudiaré, mamá, para adelantar, no tendrás ninguna queja de mí, te lo aseguro.

—Tu conciencia te ha hecho adivinar mi pensamiento. Me alegro que comprendas tus errores, pero mi gozo será mayor cuando te esfuerces en corregirte.

—Lo haré, mamá. te lo prometo de todo corazón.

—Veremos.

EL ESTUDIANTE MODELO

(MONÓLOGO)

Llega el examen y otra vez acude a mi memoria un acto de suprema resolución que se inició en él; una heroicidad de la que aún hoy me admiro y de la cual, en verdad, no me arrepiento.

Todos los que contemplen tan grave persona, no creerán, aunque yo lo diga, que he sido un estudiante rebelde, desaplicado, sí señores, esta es la palabra.

En la clase, pasaba el año tirando de la oreja a Luis, pellizcando a Antonio, molestando a Pedro, haciendo la caricatura de todos mis compañeros incluso la mía propia.

Fabricaba con sin igual maestría bolitas de papel que con un pulso admirable arrojaba a los ojos de mis condiscípulos, dejando a los favorecidos con la vista nublada por un rato.

Mientras la maestra explicaba la lección me entretenía en cazar moscas al vuelo, las cuales aplastaba luego en papel y me extasiaba en la contem-

plación de los caprichosos dibujos que resultaban de la bárbara trituración de tan inocente insecto.

Era el *apuntador* sempiterno de la clase, apuntador gratuito y comedido que *soplaba* al Norte, al Sur, a todos los vientos; eso sí, con el libro delante, de lo contrario... no había fósforo... Si en una de esas *apuntaciones* me pillaban *in fraganti*, me hacía el pequeñito y las lágrimas asomaban a mis ojos cuando la maestra decíame: «Alberto, ¿podría repetir algo de lo que ha explicado?»... yo miraba el techo... me limpiaba las uñas... me frotaba el cuello y... ¡¡nada!!—Pero niño, insistía la profesora... algo de lo que acabo de decir»... ¡Era inútil! Estiraba una pierna, me acomodaba el saco, le daba un torniscón a mi compañero para que me ayudara... ¡ni por esas!... Sentía que la sangre me subía al rostro, las orejas me ardían, erizábanseme los cabellos, al oír las risas comprimidas de mis compañeros, los cuchicheos *sotto voce*, y en mi fuero interno proyectaba distribuir *trompis* a diestra y siniestra en los recreos, sacar por lo menos una veintena de *chocolatas* a semejantes insolentes, atrevidos que permitíanse burlarse de mí!... Mas, llegado el caso (como mi propia conciencia me acusaba) con un modito insinuante entraba en conversación con el grupo que un momento antes había prometido dejar incompleto. Pero ¿corregirme? ¡Nunca!...

Así pasaron los días, hoy peor que ayer, mañana

peor que hoy, hasta que los respetables exámenes se vinieron acercando y llegaron graves, serenos y majestuosos. ¡Oh! entonces quise hacer prodigios, tragarme todas las lecciones, devorarme todos los libros, pero ¿qué sucedió?... ¡Lo que era de esperarse!.....

El día de la prueba, un señor grueso, de rostro bondadoso, amabilísimo, me interroga en un examen de geografía:

—Podría decirnos, amiguito, qué es un cabo?

Como siempre, *pensé*, me embarullé la cabeza, mis *últimos estudios* se revolvían en una confusión espantosa y entre tanto permanecía inerte!!... ¡Tenía unas ganas de darme unos puñetazos en el cráneo!... ¡Mis camaradas me miraban! ¡Ah! si hubiera podido meterme debajo de la mesa o dentro de la caja de útiles... pero la voz continuaba: «Piense un poquito y díganos qué es un cabo. ¿Acaso lo ignora?»... Mi amor propio excitado me sugirió una *idea luminosa*; me creí un Platón, un Sócrates—mi rostro resplandeció de alegría, tosí, me acomodé la corbata y ahuecando la voz contesté como un torbellino por temor de que se me escapara la inspiración: «Sí, señor, sé lo que es un cabo». «Bien, muy bien—repuso con aire satisfecho el examinador—dígalo». «El cabo—añadí cobrando ánimo—es un hombre más grande que un agente». Una carcajada general que estalló en la sala acogió tan tonta

y ridícula respuesta. ¡Aún me parece oírlo! Pero también ese soberanísimo disparate fué el remedio heroico de mi enfermedad. Salí confuso y aturdido de la escuela proponiéndome con firmeza enmendarme y lo he conseguido.

El que antes llamaban burlonamente *estudiante modelo* por su falta de aplicación al estudio, hoy se cuenta entre los más asiduos y puntuales a la clase, tratando de aprovechar en ella las explicaciones que recibe y por lo cual, en verdad no se arrepiente.

Si alguna vez experimenta una gran emoción al aproximarse la fecha del examen, no es por temor a un fracaso, sino a la satisfacción del deber cumplido.

PREDICAR CON EL EJEMPLO...

Una niña llega de la escuela y notando que la mesa del comedor no está preparada para que ella tome el té, se incomoda, y arrojando la cartera sobre una silla dice con marcado malhumor):

Hija.—¡Esto me crisa los nervios! ¡No puede resistirse! Vengo de la escuela deseando tomar el té y ni siquiera la taza está sobre la mesa. Esta criada merece...

(La mamá que ha oído desde la pieza inmediata las exclamaciones de su hija, fingiéndose sorprendida, le pregunta):

Madre.—¿Qué es eso, hija mía? ¿Qué causa motiva tu enojo?

Hija.—Mamá, dime si no tengo razón. Van dos días que me sucede lo mismo. Esto es para desesperar al más templado. Vengo de la escuela deseando tomar el té y ¡mira la mesa! ni señales de nada hay...

Madre.—(Con calma) Verdaderamente...

Hija. — (Con precipitación) Después dicen: la

niña tiene mal genio; de *cualquier cosa* se enoja; por *nada* pone el grito en el cielo, y ¿cómo no? ¿qué menos se puede hacer?

Madre.—(Sonriendo) Esta criada...

Hija.—Y no es esto sólo, mamá. Esta mañana, en lugar de servirme bizcochos en el desayuno me trajo pan y al preguntarle el motivo de este cambio, me contestó riéndose *que se había olvidado de comprarlos*. Uno, dos olvidos, pueden tolerarse, pero esto sucede con frecuencia, y además, *nadie tiene el derecho de olvidarse de sus obligaciones*.

Madre.—(Sonriendo con intención) Esto es una gran verdad.

Hija.—¿Por qué sonríes, mamá? ¿Acaso te burlas de mí? Perdona, pero estoy por creer que te diviertes con mi mal humor. Tienes un aire de tranquilidad que me desespera.

Madre.—Y ¿cómo no voy a reírme de tus argumentos?

Hija.—(Ofendida) Me parece que no tienen nada de risible.

Madre.—En el fondo, no, hija mía; pero en cuanto a.....

Hija.—(Interrumpiéndola) ¿A qué mamá?

Madre.—A la manera cómo los aplicas. (Con seriedad) Dices que nadie *debe* olvidarse de cumplir sus obligaciones; sin embargo, si mi memoria no es infiel, ayer no escribiste tu página de caligrafía

porque fuiste a jugar y te *olvidaste*. Hoy has llegado tarde a la clase porque no te *acordaste* de mirar la hora...

Hija.—Pero, mamá, la sirvienta es distinto; ella debe cumplir porque para eso percibe un sueldo...

Madre.—Tienes razón, ella por el salario que recibe está obligada a cumplir con los deberes de su oficio, y tú, te crees estarlo menos con tus padres y maestras? ¿Con qué sino con una constante aplicación y buena conducta puedes pagarles los sacrificios que hacen por tí? ¿De qué otra manera sino siendo empeñosa en cumplir tus deberes puedes llenar de alegría el corazón de aquellos que se desvelan por educarte? A la criada le damos a cambio de sus obligaciones un puñado de billetes de banco y cumpliendo éstas no tenemos nada que observarle; pero en tí, hija mía, ponemos nuestro más preciado tesoro; nuestras esperanzas, nuestras ambiciones, y crees que eso no merece recompensa? Ella se *olvida* de servirte y tú te alarmas y sulfuras por una falta que comparada relativamente con la tuya es de menor importancia; y te permites dar lecciones de moral severa, olvidándote que ella no se predica con la palabra sino con el ejemplo. Si tú, por tan leve falta te consideras ofendida, ¿qué diré yo? ¿Qué pensarán tus maestras ante las tuyas? (Con severidad) ¡Compara y reflexiona!

Hija.—Perdóname, mamá; yo nunca había pen-

sado en eso. Agradezco tus observaciones. Te prometo que *nunca más* me olvidaré de cumplir con mi obligación y mi mejor premio será el cariño y la confianza de mis padres y maestras....

Madre.—Confiado en tu promesa te acompaño a tomar el té.

Hija.—La cumpliré, te lo aseguro.

MAIPO

En tus llanos se guarda el recuerdo
de la acción más viril y grandiosa,
que registra la historia gloriosa
de los bravos del gran San Martín.

A su frente, orgullosos cruzaron
de los Andes las cimas enhiestas;
y fué allí en sus ásperas crestas
que juraron vencer o morir.

Un anhelo muy noble los guía
en la obra que audaz emprendieron;
es ver *libres*, y libres surgieron
otros pueblos hermanos al fin.

Al redoble del parche avanzando
con los bravos chilenos unidos;
van seguros, serenos, erguidos,
a cumplir su sagrada misión.

Con la fé que animosos los guía
realizan su hazaña gigante;
y al fulgor de su sable brillante
Chile, libre, allí en Maipo se ve.

Y los nombres sagrados, del *Grande*,
de O'Higgins y el bravo Las Heras;
en los pliegues de aquellas banderas
se insertan, con gloria, a su vez.

¡Viva! ¡viva de Maipo la historia!
¡Viva siempre la fecha gloriosa
que agregara otra página honrosa
a las muchas del gran San Martín!

Y el abrazo que éste se diera
con el bravo O'Higgins un día;
sea emblema de paz y alegría
de la América en todo el confín.

UN PLEITO

Un niño se halla entretenido con unos juguetes; entra su hermanito quien al verlo exclama enojado, quitándole un caballito que éste tiene en la mano:

Carlos.—¿Quién te ha dicho que toques mis juguetes?

Andrés.—Y ¿desde cuándo son tuyos?

Carlos.—Desde que me los regalaron.

Andrés.—A *tí* te los regalaron? ¿Quién? (burlándose).

Carlos.—¡Qué te importa! Son míos y basta!

Andrés.—Cuando los compres.

Carlos.—Tócalos. Verás lo qué te pasa. (amenazándolo).

Andrés.—¿Qué me vas a hacer? ¿a ver?

Carlos.—Te repito, que no quiero que *nadie* toque los juguetes que me regaló abuelita.

Andrés.—¿Eran sólo para *tí*? ¿No te dijo que me los prestaras?

Carlos.—¿Cómo no? Para que me los rompas.

Andrés.—¿Cuándo te he roto alguno?

Carlos.—¿Y el caballo?

Andrés.—Tú le sacaste una pata.

Carlos. — De rabia, porque le habías roto la cabeza.

Andrés.—¿Y quién te mandó tener rabia?

Carlos.—No sé. Lo que digo que no quiero que nadie toque lo que es mío, si nó...

Andrés.—¡Qué miedo tengo! ¡Mirá! (Empuja los juguetes que están sobre la mesa haciéndolos caer al suelo). Los niños se corren y al hacerlo ruedan por el suelo; al ruido entra la mamá, quien al verlos en esa situación exclama asombrada:

Madre.—¿Qué es eso?

Andrés.—Carlitos me corría.

Carlos.—No es cierto, mamá.

Andrés.—¿Por qué niegas? tú venías detrás.

Carlos.—¿Por qué no dices lo que tú hiciste?

Andrés.—¿Qué hice yo?

Madre. — Basta de discusiones. ¿Por qué peleaban?

Andrés.—¿Pelear? No, mamá.

Carlos.—Andrés quería romper mis juguetes.

Andrés.—No es cierto.

Carlos.—¿Por qué no jugabas con los tuyos?

Madre.—¡Qué triste impresión me causan tus palabras. Entre dos hermanos cariñosos puede uno decir al otro: «esto es mío». ¡Qué egoísmo encierran tus palabras! (La señora se deja caer en una silla

sumamente abatida. Los niños, al verla, se increpan mutuamente su proceder).

Andrés.—¡Has visto por culpa tuya!

Carlos.—¡El culpable eres tú!...

Andrés.—Yo no quiero que mamá esté triste.

Carlos.—Yo tampoco. (La señora se levanta de su asiento despacio como para retirarse. Los niños, que la observan, corren hacia ella diciéndole):

Andrés.—Perdón, mamá. Nunca más sucederá esto ¡perdónanos!

Carlos.—Mis juguetes serán tanto míos como de mi hermanito.

Andrés.—Los míos también serán tuyos.

Los dos.—Perdónanos, mamá.

Madre.—Gracias, hijos míos, que habéis comprendido toda la fealdad de vuestra conducta. Creo que la enmienda será sincera.

Carlos.—De todo corazón, mamá. (Los niños se abrazan).

Madre.—Id entonces a jugar juntos.

Andrés.—Vamos.

UNA FIESTA IMPROVISADA

Una niña representando una mamá se halla gravemente sentada en el sofá de la sala, cuando entran otras dos, luciendo trajes de fantasía. Una de ellas, cuadrándose delante de la señora, le dice:

Niña 1ª.—¿Qué le parece, *mamá*, mi traje?

Señora.—Muy bonito, hija, muy bonito; creo que producirás un buen efecto en la reunión.

Niña 2ª.—¿Y el mío, *mamita*?—dice la otra mimosamente.

Señora.—Tan hermoso como el de tu hermana. Están preciosísimos—dice examinándolos con el impertinente.

Niña 1ª. — ¡Cómo tardan! — agrega con impaciencia.

Señora.—Ten calma, ya llegarán...

Niña 2ª.—¿Los carruajes están preparados?

Señora.—(Pausadamente) Todo, todo está listo...

Niña 1ª.—¿Te acordaste de las flores y las serpentinatas para jugar en el corso?

Señora.—Nada les faltará...

(Entra un grupo de máscaras, entre ellas un médico anciano, quien, dándole la mano a la señora, le dice):

Médico.—Parece que la reunión se anima, mi señora.

Señora.—Así lo veo, doctor.

Médico.—Con su permiso, señora (sentándose al lado de la dueña de casa.

Señora.—Es suyo, doctor.

Entra otro grupo de máscaras entre ellos un payaso, un gaucho, varios nenes. El primero, colocándose delante de la señora, con voz aflautada le dice:

Payaso.—Me ha *richo* mi mama (contando con los dedos), mi *tata*... el *tata* de mi mama... la hermanita de mi madrina... la cuñada de la hermana de mi padrino... y todos mis hermanitos que le dé un recuerdo... y otro recuerdo... y otro recuerdo...

Señora.—¡Muchas gracias! Se los retribuirás en mi nombre, y le dirás...

Payaso.—(Saludándola) Sí, *señora*...

Señora.—...que siento mucho que no hayan venido a acompañarnos.

Payaso.—(Saludando de nuevo) Sí, *señora*...

Señora.—...pero que tengo esperanzas de verlos pronto.

Payaso.—(Volviendo a saludar) Sí, *señora*...

Entran algunas niñas con trajes de fantasía (el

conjunto debe formarse de manera que en el grupo de varones haya uno más que en el de las niñas. Una de éstas, mirando afligida de pronto al cielo, dice):

Una niña.—¡Cómo se nubla! Se nos aguará la fiesta!

Payaso.—¿Qué dice la niña? ¿Quiere agua de fiesta? El agua de la fiesta es el vino, a mí me gusta mucho el vino.

Una niña.—Creo, según lo amenaza el tiempo, que tendremos que tomar a la fuerza *mucha agua*—responde sonriente la niña.

Las niñas.—¡Llueve! ¡llueve!

Uno de los *nenes*, para disipar la tristeza que cubre el semblante de las niñas, empieza a golpear con fuerza el suelo con los pies, mientras dice porfiadamente:

—¡Ay! Dios! ¡Ay! Dios! No quiero que llueva!... no quiero... no quiero... no quiero—prosigue revolcándose en el suelo.

La señora, representando seriamente su papel, lo levanta de un brazo diciéndole malhumorada: —¡Qué mal educado! ¡Mira cómo te has puesto la ropa! (lo sienta en una silla). El nene:—No quiero... no quiero que llueva!... (llora). Los demás nenes le hacen coro llorando y diciendo: ¡No llueva! ¡no llueva!

Payaso.—(Con voz fuerte) ¡Silencio! Ustedes van

a hacer llorar los lindos ojos de las niñas... las niñas deben reír como yo... ¡já, já, já, já!

Las niñas.—(Sonriendo) ¡Qué gracioso!

Payaso.—(Cantando):

Soy un payaso
muy gracioso
a todo el mundo
hago reír;
porque la risa
es agradable
¿no les parece?
¿verdad que sí?

(Mientras canta hace fuertes contorsiones. El doctor, levantándose lentamente de su asiento, se acerca y le dice):

Médico. — Usted está mal, amigo; ¿a ver la lengua?

(El payaso hace lo que le indica el doctor en actitud de burla; éste, ofendido, le dice):

Médico.—No es esa la forma de enseñar la lengua al doctor.

Payaso.—Así me lo dijo mi *mama*.

Médico.—¿A ver el pulso?

(El payaso hace un movimiento brusco pegándole en la cara al doctor.

Médico.—Más cuidado. Así no se trata al médico.

Payaso.—Así me dijo mi *mama*.

Médico.—Usted está muy nervioso, tiene que tomar en seguida lo que voy a recetarle.

Payaso.—Sí, *señor*.

(El doctor escribe en un gran libro, cuya hoja arranca luego para entregarla al payaso, quien, todo el tiempo que ha durado la escritura no ha cesado de hacer muecas de burla). El doctor, al darle a éste último la receta, ordena:—Y a la cama en seguida...

Payaso.—Sí, *señor*—agrega, saludándolo.

El doctor vuelve gravemente a ocupar su puesto. El payaso lee delante del público la receta: «Ja-ra-be... de... ipe-peca-peca-cuana. ¿Qué dice ese *señor*? ¿qué trague una damajuana? Ese doctor no sabe nada. Seguro que ha estudiado en la universidad de... de... de los burros...» (Sale corriendo).

Niñas.—Sigue lloviendo... ¡qué lástima!—dicen las niñas entristecidas.

Un gaucho, al observar esto, adelanta suavemente, se sienta, y templando su guitarra canta:

Que no empañen los ojos
lágrima alguna,
porque para nosotros
el sol se oculta,
si los de las hermosas
pierden su brillo.

Que sepan que en la vida
todo se pasa,
el sol que ahora no luce
vendrá mañana,
trayendo con su fuego
nueva esperanza.

Las niñas.—(Batiendo palmas) ¡Viva! ¡viva el paisano! Tiene razón, la lluvia ha cesado, vemos el sol! Algunas le arrojan serpentinas. Los demás jóvenes se entusiasman y colocándose frente a las niñas empiezan a lanzar serpentinas, las que debe cuidarse que se extiendan en cada pareja que juega, teniéndolas con la mano para formar largas cintas. Oportunamente, la primera pareja se las coloca en el cuello como corbata, de manera que queden los dos dentro de la misma cinta y salen del salón con pasos de baile. El payaso que ha entrado silenciosamente, dice:

Payaso.—¿Y yo? ¿y yo? ¿quién juega con mí? Me juego yo...—y empieza a arrojar serpentinas él mismo, saliendo detrás de los otros.

(El doctor y la señora han quedado al último. Aquél, ofreciéndole el brazo a la dama, le dice: —¡Lo que es la juventud! En todo halla motivo de diversión... Hacen bien. La distracción, señora, es necesaria para la salud, sobre todo cuando se realiza en esta forma.

Señora.—Soy de la misma opinión, doctor.

EL HOLGAZAN

I

Dicen que no disfruta
de dicha el haragán;
y digo yo que es cierto
repito que es verdad.

2

¡Qué gano con mis ocios?
y qué con no estudiar?
mis días son muy tristes
y mi vida... llorar.

3

Sí, dichosos de aquellos
que saben trabajar;
para ellos es el canto,
para ellos es la paz.

4

¡Oh! ¡nunca! lo prometo,
seré más holgazán;
no quiero estar ocioso,
¡oh! ¡nunca! ¡no! ¡jamás!

REFLEXIONES

Una niña se pasea con un libro en la mano.

¡Ah!—dice—si yo supiera dónde venden cabezas nuevas, compraría una, porque lo que es la mía no me sirve para nada absolutamente!... ¡Me pasa la cosa más extraña!... Abro cualquier libro, miro sus páginas y ya empiezan las letras de molde a bailar ante mi vista; las ideas más estrambóticas cruzan por mi cerebro y me acuerdo de todo menos del texto que tengo en las manos... Lo peor, es que las personas que nos visitan, viéndome siempre entre libros y papeles me creen seguramente un talento, una sabia o poco menos y sin embargo... ¡qué distante de la realidad!!... En la clase, la alumna más *momia* soy yo! Mis compañeras razonan, discuten... ¡yo siempre en la luna!...

A veces quiero intervenir en alguna discusión; pero, más me valiera no abrir la boca, porque digo cada disparate que haría reír hasta al pupitre, si pudiera hacerlo.

Convendrán — dirigiéndose al público — en que esta es una desgracia y bastante grande, puesto que no sé cómo remediarla.

CONTRASEÑA

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Dirección General de Información

Educativa y Cultura

Biblioteca Nacional de Maestros

Nº 32557

T.G.-11|969-T.50.000-F.1014|C

CONTRASEÑA

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Dirección General de Información

Educativa y Cultura

Biblioteca Nacional de Maestros

Nº 32557

T.G.-11|969-T.50.000-F.1014|C

En ocasiones me pregunto: ¿tendré la cabeza distinta a las demás personas? La comparo. A la vista no se nota ninguna diferencia, pero en su interior debe haberla notabilísima. Mi cabeza no da muestras de tener masa encefálica, yo creo que está rellena de paja. Y soy desgraciada, muy desgraciada! porque yo quisiera poder distinguirme entre mis compañeras, pero... ¡já, já, já, já!... el sólo pensarlo me da risa.

Mamá, dice que esto es haraganería. A mí no me parece, aunque preferiría gustosa una enfermedad a tener que estudiar una página. (Arroja el libro violentamente sobre la mesa).

Una hermana que ha entrado a tiempo de oír las últimas palabras, dice tristemente:

Hermana.—¡Qué triste! ¡qué doloroso es oír tus palabras, Lía. ¿Te consideras desgraciada cuando trabajas para tu propia felicidad? ¿Piensas que es un infortunio el instruírte, y te imaginas que careces de inteligencia para ello como una disculpa para tu holgazanería? ¡Cuántas niñas de tu edad tendrán que estar agobiadas por el peso del trabajo para ganarse el pan, mientras tú rodeada de algunas comodidades te quejas por un pequeño esfuerzo mental? ¿Crees que los padres que educan a sus hijos son monstruos de maldad? ¿Encontrarás alguno que no desee el bien de ellos?

Lía.—¡No había necesidad de tanto sermón! Pa-

rece que todos se proponen estar en contra mía.

Hermana.—Seríamos mejores si dejándonos llevar de tus caprichos te diéramos todo género de libertades?

Lía.—Todo el día me amonestan... mis padres...

Hermana.—¿Sin razón? Los consideras culpables porque acostumbran a sus hijos a bastarse a sí mismos, llevando la frente levantada a todas partes? ¿No comprendes que teniendo brazos e inteligencia es un crimen no aprovecharlos?

Lía.—Lo que yo sé, es que hay niñas que no tienen que preocuparse de nada. Todos sus caprichos se realizan y son felices. Su vida es una continua sonrisa...

Hermana.—¿Y envidias esa felicidad? porque miras las cosas superficialmente. No hablemos de los favorecidos de la fortuna, sino de los que se hallan en nuestro caso. ¿Tú no ves detrás de esas comodidades que te preocupan, el *sacrificio* de un miembro querido de la familia que se desvela por satisfacerlas? ¿Cómo podrías gozar de ellas tranquilamente — teniendo corazón — si sabes que son el fruto de preocupaciones continuas, quizás de insomnios prolongados de seres que te aman? ¿Te agrada empeñar el papel de parásito? Yo pienso de muy distinta manera...

Lía.—Lo sé. Por eso nunca estamos de acuerdo.

Hermana.—Desgraciadamente. Mis ideas pare-

cen muy distintas a la tuyas. Yo amo entrañablemente a mis padres.

Lía.—Yo también los quiero — un tanto ofendida.

Hermana. —(Con energía). El cariño no se manifiesta con palabras. Yo los amo profundamente, lo repito, y más de una vez cuando los noto preocupados comprendo que la causa de ello somos nosotros, porque nuestro porvenir les perturba el ánimo. Sufro intensamente cuando los veo pensativos, me parece que los surcos de su frente se ahondan diariamente bajo la obsesión de esa idea; a ser posible, yo quisiera borrarlos con mis besos y sólo seré feliz el día que pueda decirles... «Queridos padres: Basta de cavilaciones; la hora del descanso ha llegado. Vuestras hijas son dignas del cariño que le prodigásteis, ahora ellas trabajarán para vosotros, retribuyendo así, en mínima parte los beneficios que les habéis proporcionado» (con intención). ¿No te parece más digno, más noble, más honrado?...

Lía.—(Emocionada). Hermana mía, la grandeza de tu alma me ha conmovido. Eres mucho mejor que yo... (abrazándola). Aconséjame, guíame, quiero secundar el plan que te propones.

Hermana.—(Con alegría) Así te quiero, querida Lía; sabía que hablando a tu corazón no lo haría en vano. Estoy contenta. Vamos a trabajar juntas. (Se retiran abrazadas).

ALREDEDOR DE UNA LIBRETA

A.—¿Has visto por culpa tuya qué clasificación tengo en conducta. (Decía Alicia en tono de reproche a su compañera de clase, Beatriz).

B.—¡Me gusta! ¿Con que yo tengo la culpa?

A.—¿Y quién entonces?

B.—No sé si yo hablaré con tu boca...

A.—Pero si no me dieras conversación yo no te contestaría.

B.—Já, já, já, já. ¡Qué graciosa! Si tú no quisieras hablar no me harías caso y, ahora que recuerdo ¿quién puso en desorden la clase ayer?

A.—Yo sola no fuí...

B.—Pero, ¿quién fué la principal?

A.—No sé. Pero lo que soy yo, no llevo esta libreta a mi casa. (llora).

B.—¿Y crees que con llorar vas a remediar algo?

A.—Ya sé... pero... yo... tengo vergüenza... (llora).

B.—¿Y ahora qué quieres hacer? ¡Paciencia!

A.—Yo raspo el número...

B.—No. Que se va a conocer.

A.—Lo borro con goma.

B.—No, no. Entonces el asunto va a ser más grande. La maestra conocerá que lo has borrado, mandará llamar a tu mamá y ¡tiemblo al pensar lo que sucederá!

A.—(Llorando). Pero... yo tengo que hacer algo, así no la llevo.

B.—Haz lo que quieras pero ¡acuérdate! Si llega a venir tu mamá a la escuela, la que se armará. Conversando... conversando, saldrán todas las *cuentitas* atrasadas y ya no será sólo la libreta, tú bien lo sabes.

A.—Entonces qué tengo que hacer?

B.—Conformarte.

A.—No puedo... (llora).

B.—Haz como yo. ¿Crees que no siento llevar estas bajas notas a mi casa? pero... comprendo que son justas, me callo y procuraré enmendarme.

A.—(Llorando). Mi mamá que se aflije tanto... ¡no!... no puedo...

B.—Sin embargo...

A.—Yo iré al colegio, le diré a la maestra que las aumente... que me corregiré...

B.—No conseguirás nada. Esas notas son el premio de tu conducta pasada y como por otra parte no puede fiarse de promesas sinó de hechos consumados me parece muy difícil que lo consigas.

A.—(Llorando). Pero... entonces?

B.—Escucha mi consejo. Llévala como está.

A.—¡No, no! Tengo vergüenza...

B.—Haz lo que te digo. Llévala. Le pides perdón a tu mamá por tu conducta... y aunque es cierto que con esto le proporcionarás un disgusto...

A.—¡Bastante grande!...

B.—Lo compensarás con tu próxima enmienda.

A.—¡Qué mal rato le voy a dar!

B.—Yo por mi parte, hago firme propósito de corregirme porque ¡hay que convencerse! ¿qué ganamos con nuestro proceder? Interrumpimos la clase cada momento, hacemos perder tiempo y lo que es peor perdemos nuestra propia estimación y luego (mostrando las libretas) ¡Mira con lo que tenemos que presentarnos en nuestra casa... ¡es una verdadera vergüenza!

A.—¡Bastante grande! Yo no me animo a ir a la mía.

B.—Te acompañaré para darte ánimo.

A.—¡Tiemblo!

B.—Debes tranquilizarte. ¡Armame de valor!

A.—¡Qué tormento!

B.—No exajeres. Tú ves las cosas peor de lo que son en realidad.

A.—Eso no. Yo aquí veo *ceros* y *ceros* son.

B.—Es verdad. Pero todo pecador arrepentido merece indulgencia.

A.—¡Ah! Me cuesta decidirme.

B.—Vamos, yo te acompaño.

A.—No hay más remedio... Pero te aseguro que no me volverá a pasar.

B.—Es lo mejor que podemos hacer. A estas horas muchas de nuestras compañeras *volarán* por el camino para mostrar más pronto sus buenas clasificaciones a sus padres. Estarán contentas mientras que nosotras...

A.—¡Por favor! No me lo recuerdes... Bastante sufrimos!

B.—¡Que nos sirva de escarmiento!...

25 DE MAYO

Gloria, por siempre digamos
a la patria feliz, venturosa,
que en un día de Mayo, dichosa,
libertad a sus hijos, les dió

Y rompiendo las férreas cadenas
que hasta entonces sus miembros ligaban
ante el mundo, gozosa exclamaba
¡Ya soy libre! ¡Soy grande! ¡Soy *ya*!

UNA AMIGA VERDADERA

Una niña viene a visitar a una compañera de escuela. Después de saludarla, le dice:

A.—Ayer no fuíste a casa. (reconviniéndola).

B.—No me dejó mamá.

A.—(Sonriendo). ¿Estabas en penitencia?

B.—Casi. No había terminado una labor y mamá no me permitió salir hasta que no lo hiciera.

A.—¿Era tan difícil?

B.—Fíjate que debía hacer una *puntadita que apenas se viera* y tanto trabajo ¿para qué? lo que cosía era para mí.

A.—Esa no es una razón, tu mamá querrá que aprendas a hacerlo bien.

B.—No sé para qué; si mi ropa la arregla la costurera.

A.—Ahora tienes la suerte que así sea, pero te durará siempre?

B.—En caso contrario ¡no faltará quien lo haga!

A.—Me aflige verdaderamente este modo de pensar. Algún día tendrás que hacerlo, tú.

B.—¡Cómo quieres que piense en eso. Mis padres son ricos!

A.—Por ahora, es verdad; pero ¿lo serán siempre? ¿No puede una desgracia hundirlos en la miseria? ¿Qué harías entonces? Tal vez la costura que tanto te irrita fuera el único medio de vida para no morirte de hambre.

B.—¡Calla!.....

A.—No puedo callar. Soy tu amiga y te aprecio, por lo tanto no quiero que seas altanera. No digas nunca tal cosa no haré; porque tú, como cualquier persona está expuesta a las vicisitudes de la vida. El porvenir es desconocido. Agradece a tu prudente madre su buena enseñanza y trabaja... Acaso no tienes ejemplos de lo que yo te digo...

B.—Dices bien. No murmuraré más, seguiré tus consejos, y dime querida Ana ya que eres tan amable ¿quieres ser mi institutriz?

A.—Con el mayor gusto.

B.—Te prometo que tendrás en mí la más dócil de las discípulas

A.—Es todo lo que deseo.

LA NIÑA MIMADA

Una mamá coloca a su hija un delantal para ir a la escuela. Esta, por capricho, no lo encuentra de su agrado y mirándolo despreciativamente, dice:

Hija.—Este delantal no me gusta.

(La mamá suavemente).

Madre.—¿Por qué?

Hija.—¿No ves que mangas? — agrega la niña estrujando las del delantal.

Madre.—¿Qué tienen?

Hija.—Tan anchas...

Madre.—Ya otras veces te lo has puesto y no te ha parecido tan mal.

Hija.—(Siempre altanera). Y este cuello tan largo...

Madre.—¿Llamas largo a esto?... (responde siempre con suavidad la señora).

Hija.—Ya lo creo que es largo y después ¡qué puntillas!...

Madre.—¿Tampoco te gustan?

Hija.—Tan ordinarias... (intenta sacarse el delantal).

Madre.—¡Déjate de tonterías! Ponte el delantal, si nó mancharás el traje.

Hija.—(Enfadada). No me gusta y no me gusta.

Madre.—No seas así.

Hija.—(Con desprecio). ¡Mira qué forma! Yo lo quería más plegado.

Madre.—Por hoy lleva éste a la escuela, después te haré otro que sea de tu agrado.

Hija.—Yo voy sin delantal.

Madre.—Echarás a perder el vestido.

Hija.—Yo me saco el delantal (lo hace).

Madre.—Por un día puedes llevarlo.

Hija.—¡No, no no, yo voy sin delantal! (Lo tira sobre una silla y sale muy contrariada al patio. Una amiga de la mamá que ha observado todo esto dice a ésta:)

Amiga.—¡Me admira tu calma!

Madre.—¿Qué quieres que haga? Sería cuestión de pegarle todo el día.

Amiga.—No es así cómo la corregirás. Eres demasiado débil con ella y te dejas dominar por sus caprichos. Esto les producirá muchos disgustos a las dos. ¿Qué tenía ahora? ¿No le agradaba el delantal que le dabas? Tú le ordenabas que lo llevara.

Madre.—Y quieres que se lo hiciera llevar a la fuerza...

Amiga.—Debías haberla convencido por una fir-

me voluntad que tú *gobiernas* y ella debe *obedecer*. Y ¡desgraciada la madre que así no lo hace! Hoy son caprichos por pequeñeces. ¿Sabes adónde llegará mañana? Si sigues así te convertirás, no, en la amiga íntima y cariñosa de tu hija sino en la más humilde de las esclavas!!

Madre.—No me siento con fuerzas para contrariarla; quisiera hacerlo pero me falta el valor.

Amiga.—Lo tendrás si piensas que en el mundo las contrariedades son frecuentes y tu hija como todo ser humano, tendrá que encontrarlas en el transcurso de su existencia, y si no la acostumbras a sobrellevarlas ¿qué destino le preparas? Ante el menor contratiempo será capaz de todas las violencias, de todas las exaltaciones y quizá... quizá algún día te reproche esta condescendencia.

Madre.—¡Calla! ¡Calla! No hables así!

Amiga.—Mis palabras son amargas, pero necesarias.

Madre.—Es verdad. Lo que acabas de decirme, me dará fuerzas para vencer su mal carácter, para dominar sus caprichos. ¡Gracias, querida amiga! Aunque sienta un profundo dolor al contrariarla debo hacerlo por temor a las consecuencias.

Amiga.—Animo! No te desalientes. Me voy para que puedas aplicar la receta sin desfallecimientos.

Madre.—No dejaré de hacerlo.

Amiga.—Hasta la vista. (despidiéndose).

UNA BUENA MAMÀ

(Lily reprende a su muñeca que se ha *portado mal* durante una visita).

¡Eres una golosa! Ya te he dicho millares de veces que no debes poner las manos en el plato. ¡Me has hecho pasar una vergüenza! No te llevaré más a ninguna parte. Tú no debías comer en la mesa con la gente ...

¿A dónde se ha visto *trepase* sobre la fuente para comer el dulce a manos llenas? ¡Cualquiera diría que no te doy nunca! ¿No ves otras niñas de tu edad, tan *señoritas*, tan *moderadas*... por qué no haces lo mismo?

¡Me ruborizo cada vez que pienso en lo que has hecho!!... Ni sentada en la silla podías estar. ¡No sé cómo me he contenido! pero lo que es otra vez, me levanto y delante de *todo el mundo* te saco de un brazo al patio. ¡Si se habrá visto criatura más mal educada!...

¡Es cosa increíble! No sé como te atreves a

mirarme... ¡Yo estaría muerta de vergüenza!!...

(La mamá de la niña penetra en la habitación simulando buscar un objeto cualquiera, al verla se hace la sorprendida exclamando).

Madre.—¡Qué agitación! ¡qué sermones!

Hija.—¿Y no tengo razón, mamá?

Madre.—Muchísima, sobradísima razón. Sólo debo hacerte una advertencia.

Hija.—¿Cuál?

Madre.—En teoría estás muy adelantada pero en cuanto a la práctica... casi... casi... podrías aplicarte lo que decías a tu muñequita.

Hija.—Yo lo hacía jugando mamá...

Madre.—Comprendo, hija mía, pero como casualmente quería decirte yo eso mismo *de veras* aprovecho la ocasión para manifestártelo. Ayer, cuando estábamos de visita no me parece que observaste buena conducta. Mucho de lo que has dicho a tu muñequita podías aplicártelo. Yo también me he ruborizado por una *niñita* imprudente; estaba disgustadísima y muy resuelta a no llevarte otra vez conmigo. ¿Te parece feo que tu *nenita* se porte mal y cómo me parecerá a mí que mi hijita haga lo mismo?

Hija.—(Abrazándola). Tienes razón mamá. Olvida mi mal comportamiento. ¡No lo haré más!

Madre. — Deseo que así sea, hija mía.

EL EXAMEN

Llegó el examen.
Con qué alegría
el alma mía
late en su afán;
al ver que un premio
nuestros trabajos,
nuestros desvelos
conseguirán.

Siempre escuchamos
con atención
de la maestra
la tierna voz;
porque creemos
con mucha fe,
que nos conduce
del bien en pos.

Muy estudiosas,
muy aplicadas,
hemos pasado
el año escolar;
porque sabemos
que el perezoso
paga con creces
su eterno mal.

Nadie le mira,
nadie lo estima,
porque regugna
su enfermedad;
y al fin del año
se encuentra solo.
¡Siempre lo mismo!
¡Siempre detrás!

No imitemos
al descuidado,
sigamos siempre
con más ardor;
pues el que estudia
tarde o temprano
cosecha el fruto
de su labor.

LA VANIDOSA

(Aurelia está leyendo atentamente a tiempo que entra Beatriz a buscarla para ir juntas a la escuela).

Aurelia.—¿Qué lees con tanta atención?

Beatriz.—La composición que debo llevar mañana a la escuela.

Aurelia.—(Mirándola) ¡Qué larga parece! ¿Cómo has podido escribir tanto!

Beatriz.—¿Me crees una ignorante? ¡Yo soy la mejor alumna de la clase! (Con altanería).

Aurelia.—Te felicito.

Beatriz.—¿Por qué me lo dices con esa cara? ¿no me crees?... te leeré lo que he escrito para que te convenzas (leyendo):

LA BANDERA ARGENTINA

«La bandera argentina es una bandera que tiene dos colores con un sol en el centro y tres fajas»... pero ¿de qué te ríes?

Aurelia.—Te lo diré francamente. Aunque no me

precio de tan inteligente como tú, el principio de tu composición me parece confuso.

Beatriz.—¿Confuso? Si sabrás lo que es confusión.

Aurelia.—Algo que no está muy claro.

Beatriz.—A ver lo que sigue si también *te parece confuso?*

Aurelia.—No te he hablado con el ánimo de ofenderte.

Beatriz.—(Leyendo con énfasis) «La enarboló en Santa Fe haciendo jurar a sus soldados, a orillas del río Pasaje, obediencia y respeto.»

Aurelia.—Pues esto está peor que el principio.

Beatriz.—Lo que yo veo es que te *mueres* de envidia.

Aurelia.—Nunca he abrigado en mi corazón sentimiento tan mezquino.

Beatriz.—Sí. Con buenas palabras crees convencerme.

(Habiendo la mamá de la niña Beatriz oído la anterior discusión, entra en la habitación diciendo):

Madre.—Te convenceré yo, hija mía.

Beatriz.—(Llorando) ¿Cómo quieres que me deje insultar, diciéndome que mi composición no sirve?...

Madre.—Tu compañera no te insulta, te da su opinión y nada más.

Aurelia.—No ha sido mi ánimo ofenderte...

Madre.—Según tú, Beatriz, la composición está

irreprochable. Veamos. (La mamá toma el papel y lee):

«La bandera argentina es una bandera que tiene dos colores con un sol en el centro y tres fajas»... ¿Cómo dirías tú, Aurelia?

Aurelia.—La bandera argentina es bicolor; se forma de tres fajas horizontales de igual largo y ancho, dos azules a los lados, una blanca en el centro, en medio de la cual hay un sol.

Beatriz.—¿Y no es eso lo que yo digo?

Madre.—No, hija mía, es lo que has *querido decir*, pero no lo que has dicho. Luego (leyendo) «La enarboló en Santa Fe haciendo jurar a sus soldados, a orillas del río Pasaje, obediencia y respeto»... ¿Quién la enarboló? ¿Obediencia a quién juraron los soldados? ¿A ver, Aurelia?

Aurelia.—La enarboló el General Belgrano en el Rosario de Santa Fe y más tarde hizo jurar a sus soldados obediencia y respeto a la Asamblea a orillas del río Pasaje, que desde entonces se llama Juramento.

Beatriz.—Eso mismo quería decir yo, mamá.

Madre.—Pero no lo has dicho, Beatriz. ¿Te convences de tu error? ¿Es posible que dejándote llevar de un sentimiento indigno de tí, trates de envidiosa a tu compañera? ¡Reflexiona! Haz callar la voz de tu soberbia y escucha la de tu corazón...

Beatriz. — ¡Mamá! ¡Aurelia! ¡Perdón! ¡Perdonadme!

Madre.—Hija mía, tu corazón es grande. Estaba segura de que te convencerías. Nunca te envanezcas considerando a los demás inferiores a tí; recuerda que el verdadero mérito es modesto.

CHURRASQUEANDO



INTERPRETACION DE ESTA LAMINA

CHURRASQUEANDO....

(Interpretación de una lámina.)

Una niña coloca una lámina en el pizarrón; su compañera, sentada cerca de ella, exclama:

Z.—¡Preciosa lámina!

J.—(Con enfado) Para preciosuras estoy yo...

Z.—¡Qué cara! ¿Qué te pasa?

J.—¡Poca cosa! Cada vez que tengo que escribir una composición preferiría un día de cama.

Z.—(Burlándose) Siempre que no te doliera nada.

J.—Has elegido mal momento para bromas.

Z.—Al contrario. Tengo el presentimiento de que será muy oportuno.

J.—¡Es natural! Te burlas, porque como tú tienes facilidad para escribir, este trabajo te resultaría liviano...

Z.—Y agradable, añadirás...

J.—Eso de *agradable* me da algo que pensar; lo que es por mí, desde que tomo el lápiz para escribir, siento calambres en el estómago.

Z.—(Sonriendo) Es en consideración a él y pasando por alto lo *agrio* de tu gesto que voy a permitirme algunas preguntas. ¿Eso del calambre lo experimentas siempre o es por el asadito de la lámina?

J.—¡Ni la he mirado siquiera!...

Z.—Te invito a que lo hagamos...

J.—No me explico qué es lo que puedo decir; no se ve más que un grupo de paisanos. No sé porque habré traído todos estos libros—aludiendo a unos que hay sobre una mesita.

Z.—(Cariñosamente) Observa mejor. ¿En qué sitio te parece que se hallan?

J.—(Mirando la lámina) Al aire libre... en el campo... sentados en círculo... con el cigarro en los labios... escuchando al parecer con atención a uno que habla.

Z.—¿Te has fijado cómo el más anciano, abandonando su sitio en la reunión ha ido a cuidar el jugoso costillar que ensartado en el asador será dentro de poco devorado por los formidables estómagos de los gauchos, a quienes sirve de apetito el sabroso cimarrón que pasa de mano en mano? ¡Qué hermoso se destaca el grupo en ese cuadro de verdor! Y dime: ¿ese campo tan extenso, esa llanura tan dilatada, se parece a otros que generalmente se contemplan en la mayoría de las láminas?

J.—No... Este es inconfundible, se ve claramente que es un pedazo de nuestra pampa.

Z.—Y esa pampa que mencionas, ¿no dice nada a tu corazón? ¿No trae una frase a tu memoria?

J.—Una estrofa del poeta Domínguez en su poesía «Al ombú»:

«Esa llanura extendida
Inmenso piélago verde
Donde la vista se pierde
Sin tener donde posar,
Es la pampa, misteriosa
Todavía para el hombre
Que a una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.»

Z.—Y son precisamente ejemplares de esa raza los que forman la reunión que ahí contemplas con su vistosa indumentaria. ¿Podrías decir algo acerca de ella?

J.—En el texto de lectura «Mi Patria», hay una bonita descripción: «Los diarios ilustrados y hasta los dramas populares han esparcido por el mundo su silueta pintoresca y su traje desaliñado, el sombrero blando aplastado en la larga cabellera negra; el pañuelo de seda cuya punta cubre la boca del cuadrado poncho; el chiripá flotante ceñido en la cintura por el ancho tirador de cuero recamado de pesos de plata, cruzado por el largo facón para el trabajo y la pelea, y por fin los anchos calzoncillos bordados que caen sobre la bota de cuero de potro, tal es el traje de nuestros gauchos.»

Z.—¿Y qué me dices de la expresión de sus semblantes?

J.—Veo retratado en ellos el valor...

Z.—(Entusiasmada) ¿Solamente? Y la audacia, la ternura, los nobles sentimientos, así como un rencor sin límites para vengar las ofensas recibidas. Esos rostros son fuertemente simpáticos; inspiran confianza, ponen de relieve...

J.—¡Basta! ¡basta! Tú tienes un diccionario en la garganta. Ahora me explico por qué hallas facilidad para escribir.

Z.—A mi vez, voy a decirte que si a menudo te tomaras la pequeña molestia de hoy de leer capítulos referentes al tema a tratar y pensaras un *poquito* sobre él, tu estómago se curaría por completo del mal de los calambres. ¿A qué ahora la lámina te parece más bonita?

J.—Te confieso que sí. Hasta diría que el viejecito me mira con picardía como diciéndome: «Por fin, nos conocemos un poquito, niña. ¿Tan pronto habías olvidado las hazañas que nuestros padres realizaron a costa de su vida y que te refieren en la escuela como un recuerdo de gratitud y cariño hacia aquéllos que pelearon con San Martín y Güemes?»

Z.—No, no, tú no los has olvidado, y en prueba de ello les dedicarás una hermosa composición, sin

duda alguna, pues creo que ahora te hallas en condiciones para ello.

J.—Gracias a tí que me has encaminado.

Z.—(Riéndose) Todo lo he hecho en atención a tu delicado estómago.

J.—Me voy a escribir, burlona, y verás el resultado.

Z.—Lo espero con ansiedad.

EL RECREO

Terminó la labor con provecho,
vamos pronto al recreo a jugar;
que en el grato descanso hallaremos
para el alma tranquilo solaz.

Volveremos de nuevo al trabajo
con ahinco, con mucho valor;
a sacar todo el fruto deseado
que la escuela en nosotros sembró.

A jugar, vamos pues, compañeras.
La campana contenta llamó.
¡A gozar los minutos alegres
el ansiado recreo llegó!

MI GATITO MISCIFÛS

(Irma, teniendo en sus brazos un precioso gatito, le habla cual si lo hiciera con un niño):

Irma.—Ven, hijo, ven; hoy será tu día. Te llevaré a pasear. Por eso quiero colocarte este lazo en el cuello, porque me agrada que digan que eres un *buen mozo*. ¡Quédate quieto! ¡No me fastidies! ¡Qué *criatura!*...si me da ganas de tirarlo por la ventana! Ya me arrepiento de haberte dicho que te llevaría a pasear. ¡Eres insufrible! Estoy segura que te portarás mal, pero te advierto, que si cuando traen el chocolate, saltas como siempre sobre la mesa y metes el hocico en la taza, sin miramiento alguno te traigo a casa y en todos los días de tu vida vuelves a salir conmigo. ¿Me has entendido? Yo, como soy tu *mamá*, tengo que servirme primero; tú tomarás lo que yo te dé, sin murmurar y no empieces a mirarme con ojos de lástima ni me digas nada porque no te haré caso. ¡Todas tus zalamerías serán inútiles! Mas ¿qué haces? ¿Es así

como tratas la hermosa cinta que acabo de colocarte? ¡Toma! ¡Toma! (le pega) ¡Pícaro! ¡Destro-
zón!.....

(La madre de la niña entra en este instante a la habitación y viendo lo sucedido exclama):

Madre.—¿Qué es eso? ¿Qué ha hecho tu gatito para que así lo trates?

Irma.—Mira mi cinta ¡hecha pedazos! Yo que lo estaba adornando para llevarlo de paseo...

Madre.—Veo que eres un poco exigente, hija mía.

Irma.—¿Lo defiendes?

Madre.—Con justísima razón. El gato no ha sido creado para lo que tú lo destinas, ni para sujetarse a todos tus caprichos y porque a tí te parece lo estrujas y maltratas. Eso no está bien, querida; los animales aunque seres más inferiores que nosotros, nos prestan mucha utilidad y sólo desean un poco de bondad y cariño de nuestra parte. No es por cierto a Miscifús a quien hay que reprender en este momento sino a mi hijita que tan cruel se muestra con él.

Irma.—No lo haré más, mamá; yo quiero mucho a mi gatito, no lo castigaré más, seremos, por el contrario, muy buenos amigos. Ven, Miscifús, vamos a jugar. Yo te quiero mucho, porque cazas los ratones de mi casa.

CANTO

¡Compañeras! unidas y alegres
a la patria feliz salud;
y elevando gozosas las voces
a los héroes de Julio vivad!

Aquí estamos ¡oh patria adorada!
rebotando de dicha y amor,
y de tus hijos el nombre querido
repetimos con santo fervor.

San Martín, Rivadavia, Moreno,
Alvear, dice alegre la voz;
Pueyrredón y Belgrano se leen
en las fajas de tu pabellón.

Y así como él se despliega
con orgullo al mirarte feliz;
así el alma también de nosotras
te saluda con gozo sin fin.

UN MAL CARÁCTER

A.—¿Juguemos a las visitas?

B.—Bueno.

A.—Yo era la señora de la casa y tú venías a verme.

B.—Sí.

A.—Traías a tu *hijita* y hablabas como hacen las señoras... te recogías el vestido al caminar (lo hace)... echabas los hombros hacia atrás...

B.—Sí, sí, ya sé. No me digas más. Siéntate, que yo llamaré a la puerta... tan-tán...

A.—(Sale a recibirla) ¡Adelante, *doña* María!... ¿Cómo está usted, tanto tiempo que no la veo? ¿Y su *hijita*? ¿Su esposo? ¿Los nenes?

B.—(Disgustada) ¡Ah! pero tú hablas todo, no me dejas decir nada a mí. Así no me gusta.

A.—(Con énfasis) Y entonces, ¿cómo hacen las señoras cuando ven llegar sus visitas?

B.—(Malhumorada) No hablan tanto.

A.—(Con disgusto) Nunca estás conforme. Entra otra vez y empezaremos de nuevo.

B.—Tan-tán...—llama a la puerta y sin esperar que su amiguita salga a recibirla se presenta en la habitación.

A.—Te has apresurado demasiado. Debías haber esperado que saliera a recibirte.

B.—¿Y por qué no viniste pronto?

A.—Como quieres que una *señora* como yo saliera corriendo llevándose todo por delante. Tenía que ir despacio.

B.—Sí, tú te crees una *señora* de veras; ¿no sabes que estamos jugando?

A.—(Sonriendo) Entonces no tiene gracia.

B.—(Con mal modo) Lo que tú quieres es darte corte.

A.—Lo mismo te lo das tú.

B.—Pero yo vengo de visita.

A.—Y yo soy la *señora* de la casa.

B.—¡Eres una tonta!

A.—Yo hice mal en jugar contigo sabiendo el genio que tienes. Siempre acabamos mal.

B.—¡Tan lindo que es el tuyo! Cualquiera, al oírte creerías que eras una *santa*.

A.—No tanto, pero lo que si no soy necia.

B.—(Despreciativamente) Sí, ya sé. Eres una *gran cosa*.

A.—No me creo mucho. Cuando juego con las

demás niñas, nos divertimos y acabamos muy contentas. Contigo todas son discusiones.

B.—(Con mal modo) Si es así puedes ir a jugar con otras y dejarme a mí.

A.—Lo haré en seguida (se va).

(La otra niña al verse sola se pone a llorar; la mamá, que ha oído todo, entra y le dice):

Madre.—Lo que te pasa, hija mía, lo tienes bien merecido y si no te corriges, más de una vez te encontrarás como ahora sola y abandonada. Nada hace a una niña tan antipática como el tener un carácter díscolo e impertinente. Aprovecha la lección que acabas de recibir. Tus amiguitas te huyen y mientras ellas alegres se divierten tú lloras desconsolada en este rincón. Reflexiona, que el remedio está en tu mano. (La señora sale).

LA ABEJA

Una mañanita
iba con mamá,
pasito tras paso
de aquí para allá;
paseaba contenta
mirando el jardín,
que estaba precioso
con sus flores mil.

Viendo una vistosa
y lozana flor,
de tomarla tuve
toda la intención;
mas al acercarme
¡ay! pobre de mí!
de ella una abejita
vi pronto salir.

Yo me asusto y corro
corro sin cesar
y cuanto más corro,
más miedo me da.
¡Ay! ¡mamita mía!
¡Ay! gritaba yo;
me sigue la abeja
con su aguijón.

Llego así cansada
junto a mamá
que se sonreía
de mi necedad;
«Ese insectillo
que te asusta así—
me dijo—fabrica
la miel para tí.

Si vuela afanosa
es por trabajar,
no por atacarte
si no le haces mal.
¡Mira que activa
va de aquí, allá.
Sigue tú su ejemplo,
no lo sentirás!

NO CONTAR CON LA HUÉSPEDA...

Hija.—¡Esto es intolerable! No pasa una hora sin que me vea con estos libros delante. Mamá — dice, dirigiéndose a la señora que está cosiendo a poca distancia—tú debías hacer otra cosa, en lugar de enviarme a la escuela donde es obligatorio asistir a clase todos los días; sería mejor que me tomaras una institutriz, así me quedarían siquiera algunas horas para *respirar*. ¡Esto no es vivir!

Madre.—No piensas mal, hija mía. (Sonriendo).

Hija.—(Con entusiasmo) ¿Verdad, mamá, que tengo razón? Esto debías haberlo hecho hace mucho tiempo. Con dos o tres lecciones por semana tengo bastante.

Madre.—Y a mi vez te pregunto: ¿qué harías en las horas desocupadas?

Hija.—Eso lo arreglaría yo *perfectamente*.

Madre.—Veamos.

Hija.—Me levantaría a las ocho...

Madre.—Ya lo haces ahora.

Hija.—Sí, pero en cuanto me levanto tengo que ponerme a estudiar *desesperadamente* para saber mis lecciones.

Madre.—(Sonriendo) Querrás decir que suprimirías esto.

Hija.—En seguida.

Madre.—¿Y en su lugar?

Hija.—Podría jugar un rato con Milord, ¡pobre mi perrito! ahora apenas lo miro, y luego leería cuentos en el libro de abuelito. Esto instruye mucho.

Madre.—No es mala la vida que piensas darte.

Hija.—Después almorzaría...

Madre.—¿Y cuando terminases?

Hija.—¡Ay mamá! Eso lo sabes sin preguntármelo. ¡No puedo pasar sin la siesta. Privarme de ella sería como quitarme la vida.

Madre.—¿Entonces dormirías la siesta?

Hija.—Luego, si es día que viene la institutriz, daré mis lecciones.

Madre.—(Fingiendo admiración) ¡Sin haberlas estudiado!...

Hija.—Lo haría un rato antes de que llegara la profesora.

Madre.—No te comprendo. Hace un momento lamentabas tener que estudiar tantas lecciones en la escuela; una persona que tiene la facilidad tuya para aprenderlas no debería quejarse.

Hija.—Es que... mamá... las lecciones que me darán en casa serán más pocas y fáciles.

Madre.—Lo ignoraba. Sigue.

Hija.—Terminado el estudio tendré que distraerme con mis amiguitas. Unas veces ellas vendrán a verme y otras iré yo a su casa.

Madre.—(Sonriendo) Es decir, que se cambiarían las visitas.

Hija.—Sí, mamá. Después de cenar nos reuniremos a contar cuentos hasta la hora de dormir.—Observando que la mamá parece hacer señales de aprobación con la cabeza, prosigue:—¿No te parece así mejor, mamá, que no como ahora que estoy siempre entre libros, cuadernos y papeles que me enloquecen?

Madre.—Si así pudiera pasarse la vida, hija mía, aprobaría tu pensamiento; pero, me parece que tus sueños no podrán realizarse.

Hija.—(Admirada) ¿Cómo, mamá? Yo creí que aprobabas lo que yo decía...

Madre.—No me he asombrado de oírte porque conozco tu modo de pensar y antes de que hablaras ya sabía cómo ibas a terminar.

Hija.—¿Y por qué me dices, mamá, que mi sueño no se realizará.

Madre.—Porque me parece un poco difícil.

Hija.—No veo el motivo.

Madre.—Bien sabes que para hacer lo que tú

quieres se necesita otro consentimiento además del mío.

Hija.—El de papá, pero él no se opondrá a lo que tú digas.

Madre.—Según... hija mía. Casualmente ayer me habló de tí... se quejó de que estudias muy poco.

Hija.—Mamá, no es culpa mía. No me alcanza el tiempo.

Madre.—Porque lo pierdes lastimosamente. No te dedicas a estudiar con la atención necesaria. Quieres saber antes de haber aprendido.

Hija.—¡Oh, mamá! tú también me reprendes.

Madre.—Es necesario. No te portas como tenemos derecho a esperar de tí. Tu conducta me entristece.

Hija.—Pero, ¿qué hago yo de malo?

Madre.—Eres impaciente piensas que el mundo debe arreglarse a tu antojo, te violentas por la menor ocupación, no sigues en nada el ejemplo que te doy.

Hija.—Mamá, tú eres muy buena, muy trabajadora...

Madre.—Puedes serlo tú también. Mira a tu alrededor. Todo el mundo trabaja. ¿Por qué pretendes ser un lunar? ¿Por qué mientras los demás están en sus ocupaciones quieres cruzarte de brazos oyendo cuentos?

Hija.—¡Mamá! Yo te dije que dedicaría también algunas horas al estudio.

Madre.—¿Cuántas? ¿Dos o tres? Suma éstas y las destinadas a la holganza y verás cuáles son más. Me alegro que tu padre no haya oído esta conversación, porque se hubiera entristecido enormemente. Su corazón algo le anunciaba, pues que hoy casualmente debía ir a informarse respecto a un colegio donde pensaba inscribirte como pupila.

Hija.—¡Pupila!... ¡yo!... ¡¡mamá!!

Madre.—No quedará otro remedio, hija mía.

Hija.—Pero... ¡¡yo!! ¡¡Pupila!!!...

Madre.—Esa es la determinación de tu padre.

Hija.—No, mamá, no! Tú intercederás por mí. Es verdad que yo he dado motivo, que soy negligente; pero mamá, yo me enmendaré, yo estudiaré, no tendrán más queja de mí, yo te lo aseguro.

Madre.—Hablarás con tu padre, hija mía, cuando llegue. Voy a dar unas órdenes a la sirvienta. (Se va).

Hija.—(Sola) ¡Pupila!... ¡¡Pupila!! Yo que me quejaba de mi vida escolar... ¡¡¡Pupila!!!... ¡Era lo que me faltaba! Y tan bien que había arreglado con la institutriz. ¡Paciencia! Pero... nada de conversación y a estudiar... porque si no papá hará lo que dice y... no me conviene.

ENTRADA A CLASE

El estudio dignifica;
a las aulas, vamos pues;
con el ánimo contento
muy dispuestas a aprender.

Nuestros padres, con cariño,
nos envían a este hogar;
donde el alma al par del cuerpo
hallarán grato solaz.

Con el ánimo contento
muy dispuestas a aprender;
a las aulas vamos presto,
a cumplir nuestro deber.

ANTE TODO ¡EL EJEMPLO!

Una niña mira con disgusto una balija donde se hallan sus útiles escolares en desorden y dirigiéndose a su hermanita que se halla cerca de ella, le dice:

María.—¡Qué revolución hay en esta balija! Seguro, segurísimo, que aquí has andado tú, Sofía.

Sofía.—Cuando nó iba a cargar yo con la culpa. Tú no sabes más que: Sofía, Sofía...

María.—Como todo lo curioseas.

Sofía.—¡Ah! ¿sí? yo todo lo curiosoeo... y tú?

María.—A mí, nunca me verás hacerlo.

Sofía.—¿Y ayer?

María.—¿Qué hice ayer?

Sofía.—Refresca un poco tu memoria.

María.—No sé lo que quieres decir.

Sofía.—¿Lo quieres más claro?

María.—¡Habla!

Sofía.—¿Cuando mamá volvió del paseo, qué traje?

María.—Lo sabes como yo: una caja.

Sofía.—Sí, pero si no la hubieras abierto no habrías visto su contenido.

María.—Eso es muy distinto.

Sofía.—¡Es claro! Porque lo hacías tú.

María.—Lo que yo digo, es que no debías haber tocado esta balija sin mi permiso.

Sofía.—Suponiendo que lo hubiera hecho, tú me has dado el ejemplo.

María.—Eres una insolente, faltándome el respeto.

Sofía.—No lo hagas conmigo.

María.—Si no te callas... ¡verás!

Sofía.—No veo el por qué de tu amenaza.

María.—(Impaciente) ¡Te digo que calles!

Sofía.—Cuando dejes de ofenderme.

María.—¡Cállate, repito! No me obligues...
(levanta la mano en actitud de pegar a su hermanita en momentos que entra la mamá, la cual, sorprendida al ver el ademán de su hija, le dice):

Madre.—¿Qué es eso, hija mía? ¿Tu mano levantada para castigar a tu hermanita?

María.—Ella no hace más que ofenderme.

Sofía.—No es cierto, mamá.

María.—Mira en qué estado ha dejado esta balija, siempre se permite andar con ella sin mi consentimiento.

Sofía.—Yo no he tocado, mamá; y *suponiendo* que lo hubiera hecho, ella me ha enseñado.

María.—(Haciendo ademán de pegarle) ¡Cállate!

Madre.—(Interponiéndose) ¡No, hija mía! Eso no lo consentiré. Si tu hermana te ha faltado, si ha cometido alguna acción que merezca reprensión, ¡yo estoy para hacerlo!

María.—(Ofendida) Tú, mamá, apruebas su conducta?

Madre.—(Con severidad) Hasta ahora veo una sola culpable: tú.

Sofía.—María, cree que...

María.—(Interrumpiéndola) No *creo*, has sido tú.

Madre.—¡Qué empeño! ¿La has visto?

María.—¿Quién otra podría ser?

Madre.—Eso no pasa de ser una suposición.

Sofía.—¡Cómo yo digo! Suponía que había registrado su baliya y me trató de curiosa, y como yo le respondí que ella también lo era, porque ayer...

María.—¡Cállate! te digo.

Madre.—¡Déjala hablar! Continúa.—dice la señora dirigiéndose a Sofía.

María.—(Interrumpiendo) Es una chismosa.

Sofía.—(A la mamá) Ayer, cuando regresaste del paseo traías una caja ¿verdad?

Madre.—Sí.

Sofía.—Pues bien; María, la que me trata a mí

de curiosa, la destapó, sacando todos los papeles que la envolvían para ver lo que había adentro.

María.—Tú también miraste...

Sofía.—¿Cómo no iba a mirar si me llamaste para que viera?

Madre.—(A la niña Sofía) Vete a jugar. Déjame sola con tu hermana. (Sofía sale). La mamá dirigiéndose a María:

—¿Crees, hija mía, que doy razón a tu hermana porque tengo alguna preferencia? ¡No! Porque si la tuvieras tú, lo mismo te la daría. ¡No puedes, sin ofenderme, creer semejante cosa! Mis hijas son para mí del mismo modo queridas, de igual manera adoradas. Sofía hoy tiene razón. ¿Exiges que te respete y le das mal ejemplo? ¿Quieres que ella no te falte y levantas la mano para castigarla? No, María, tu hermana tendrá todos esos miramientos contigo, cuando tú los tengas con ella.

María.—Pero, mamá, ella siempre me contesta.

María.—Porque tú la insultas.

María.—No se calla nunca...

María.—Tú la provocas. Entre dos hermanas cariñosas no deben cruzarse sino palabras amables y corteses. Debes darle el ejemplo, María. ¡Eres la mayor! Y si haciéndolo así, Sofía se insolentara contigo, sabré corregirla. Hoy el mal está de tu parte, y óyelo bien, hija mía, nunca, nunca levantes tu mano sobre tu hermanita si no es para acariciarla.

LA LUNA REFLEJA...

La luna refleja
su luz argentada,
la tierra bañada
por ella se ve;
y bellas resaltan
las flores coquetas
que lucen discretas
su gracia y color.

Un suave perfume
del suelo se eleva
la brisa lo lleva
al otro confín;
los aires se pueblan
de suaves rumores
y campos y flores
parecen dormir.

El rudo trabajo
del día ha cesado,
la noche ha llegado
la fuerza a rendir.
¡Dichoso el que pueda
decir complacido,
gustoso he cumplido
con todo el deber!

¡SIEMPRE EL MISMO!

(Un niño se acerca cautelosamente a un mueble para abrirlo y oyendo pasos se detiene, mira hacia la puerta y viendo que es una hermanita le dice sorprendido):

Raúl.—¡Qué susto me has dado, Zulema!

Zulema.—¿Y por qué te asustaste, Raúl?

Raúl.—Si no cuentas, te digo.

Zulema.—(Ofendida) ¿Soy yo acaso alguna chismosa?

Raúl.—No te enojés. Yo no te quise decir eso.

Zulema.—Sabes que no me gusta que me calumnien.

Raúl.—(Con zalamería) Yo no te calumnio, ¡qué esperanza! Si sé que eres muy buena. Mamá siempre dice que eres mejor que yo.

Zulema.—Porque la obedezco.

Raúl.—Yo también quisiera obedecerla, pero no puedo. Siempre que me dice: «No toques esto», «no hagas aquello», me da unas ganas de hacerlo que me muero.

Zulema.—Porque eres un impertinente.

Raúl.—Ya sé... ya sé... ¿Te acuerdas anoche, cuando estábamos en el comedor, que mamá entró trayendo un paquetito medio escondido en la mano?

Zulema.—No reparé en ello.

Raúl.—Yo sí. Ella creyó que no la veíamos y lo guardó ligero.

Zulema.—(Sonriendo) Lo guardó porque te conoce.

Raúl.—Yo creo que lo hizo porque debe ser una cosa muy buena. Me parece que no he dormido o por lo menos que toda la noche he soñado con algo así como bombones y me disponía a mirar si ése era su contenido cuando tú viniste...

Zulema.—No, Raúl, no debes hacerlo; mamá se disgustará...

Raúl.—(Con zalamería) Si mamá no va a saber que hemos mirado... ¿quién se lo va a contar?

Zulema.—No, Raúl, estaría muy mal hecho.

Raúl.—Pero, Zulema, una curiosidad... El corazón me anuncia que algo bueno debe haber en él.

Zulema.—El corazón... el corazón... tú no tienes más que dientes. No piensas sino en comer.

Raúl.—Por eso que tú no me ayudas cuando se presenta el caso.

Zulema.—Yo como, cuando me lo dan.

(Raúl, impulsado por la curiosidad abre el mueble y toma el paquete que desea, lo palpa).

Zulema.—(Sobresaltada) Raúl, no hagas eso. Guárdalo en su sitio; del modo que lo tratas lo vas a romper.

(Raúl, que parece haberse cerciorado por el tacto que el contenido del envoltorio no es lo que él presumía, dice): ¡Ay! ¡Qué chasco!!

Zulema.—¿Qué hay?

Raúl.—(Mirando por un lado del paquete cuyo papel ha roto). Son cintas celestes y blancas...

Zulema.—Serán para hacer escarapelas.

Raúl.—(Arrojando con violencia el paquetito sobre una mesa) Y a mí, qué me importan las escarapelas... yo creí que era otra cosa...

Zulema.—Como mañana es día de fiesta...

Raúl.—(Malhumorado) ¡Gran fiesta!

Zulema.—¡Qué dices! El día más grande para nosotros, aquel en que se celebra nuestra independencia.

Raúl.—Y qué sé yo lo que es eso...

Zulema.—(Riéndose) Tú entiendes de comer y nada más.

Raúl.—¿Y tú?

Zulema.—Ya ves que sé algo más cuando te enseño.

Raúl.—Para lo que te comprendo...

Zulema.—Voy a explicarte. ¿Te gustaría, cuando corres por el patio que no te dejaran hacerlo y te encerraran en una habitación?

Raúl.—Cómo me iba a gustar... ¡Me escapaba!

Zulema.—¿Y si fuera uno que tuviera más fuerza que tú y te obligara a estar?

Raúl.—¡Ah! yo no sé lo que haría... le pegaría... me pondría a llorar... a gritar...

Zulema.—Antes, nosotros no éramos libres; teníamos que obedecer las órdenes de España. Ella nos mandaba.

Raúl.—¡Qué lindo! ¿no?

Zulema.—Entonces nuestros patriotas, en lugar de llorar como harías tú, trabajaron mucho para conseguir nuestra libertad para que nos mandáramos solos.

Raúl.—(Aplaudiendo) ¡Así me gusta!!

Zulema.—(Sonriendo) Y mañana festejamos nosotros el aniversario de esa fecha, y aún me dices que no es un gran día.

Raúl.—Ahora, no. Al contrario, creo que es un día grande, hermoso, azul, y estoy contento. Pero, en verdad, siento el chasco que me he dado... yo creía que eran bombones.

Zulema.—Con seguridad que mamá nos dará mañana.

Raúl.—Entonces, viva la libertad, las escarapelas y los bombones...

Zulema.—Vamos, glotón.

LA LIBRETA DELATORA

Aída sale de la escuela llevando en la mano izquierda la baliya donde guarda sus útiles escolares y en la derecha la libreta de clasificación mensual que acaban de entregarle. Camina distraída, un poco; de pronto, se detiene bruscamente diciendo:

—¡Ay! y yo que llegaba a mi casa tan tranquila sin haber mirado siquiera mi libreta... ¡Bonita la hubiera hecho! ¿Qué respondería después para disculparme si no estuviera preparada, porque las notas me imagino cómo andarán cuando la maestra, al entregármela, me dijo: «Es preciso enmendarse, Aída...» (La lee con la vista) ¡No decía yo! (Lee en voz alta) «Cumplió sus deberes escritos: No.» ¡Libreta infame!! Ya veo a mi padre, acomodándose los lentes al leerla, que me dirá con severidad, clavando en mí su mirada escudriñadora: «Este no ¿qué significa?» Yo me podré disculpar diciendo que cambié el deber y en lugar de hacer una composición hice un problema. Me creará o

no mi padre... esto podrá pasar; pero aquí donde dice: «¿Estudió sus lecciones?» hay otro NO asesino, abrumador... ¿Qué digo? ¿Por qué no estudié? Yo me contestaría esto perfectísimamente... pero... ¿Cómo se lo hago comprender a papá. El me exigirá explicaciones terminantísimas ¡nada de rodeos!... como que cada vez que ve mis notas se le eriza el cuerpo y ya está cansado de contemplaciones. Pero... (mirando sorprendida la libreta) ¡qué veo!... ¡aquí se remacha el clavo!... ¡Este es el golpe de gracia!... ¡Imposible, *imposibilísima* toda defensa!... «Conducta: *Mala*» (!) con todas las letras. ¡Me falta elocuencia para defenderme! Podría recurrir a mi ardid de siempre: que una compañera me conversaba, pero y yo ¿por qué la atendía? ¿Acaso no sé mis deberes en la clase? ¿No me enseñan mis padres y maestras a ser atenta y respetuosa?... ¡No! aquí no hay escape. Papá, al leer esto me dirá flemáticamente: «Bien, muy bien, hijita. Yo devolveré *personalmente* esta libreta a tu maestra». Y cuando vaya a la escuela... ¡qué cataclismo! Se enterará de mi *foja de servicios* que estará espléndida, pues creo que no le falta nada: desatención, faltas de puntualidad, desorden, etc., etc. Pero, ¿por qué no tendré yo la fuerza de voluntad suficiente para corregirme? Todos los meses la misma inquietud, iguales sobresaltos, idénticas agitaciones al recibir mi libreta. Y pensar que hay compa-

ñeras que no ven el momento de llegar a su casa para hacer firmar la suya. ¡Cómo se conoce que ellas se llevan los 5 y los 4!... Yo en mi vida he visto esos números en la mía. Y a la verdad, el 5 es un número tan simpático, tan lindo, que da gusto verlo. ¡Pero cuesta tanto ganarlo! ¿digo?... Yo podría conseguirlo, estudiando también para tener en mis notas este número, siquiera una vez!... ¡Ah!! el día que gane uno, bailo dos meses seguidos. ¡Mis padres sufren tanto con mis clasificaciones! Mamá me mira con una cara tan triste cuando ve mi libreta... ¡Y tanto que hacen ellos por mí!... ¡Qué mal los recompenso!... Pero, en este conflicto ¿qué hago?... No tengo más que una solución. Encarar con valentía los acontecimientos. Mi conciencia es la primera que me condena. Soportaré las consecuencias confesando la verdad... Haré lo posible para cumplir el propósito que desde hoy me propongo, que mis clasificaciones mejoren en lo sucesivo para ser más considerada en la escuela y evitar disgustos en mi hogar... Entre tanto... a casa...

EL ESCUDO ARGENTINO

Una niñita se halla escribiendo. Entra otra y al ver la ocupación de la primera, exclama:

A.—¡Siempre lo mismo! Cuándo será el día que venga a visitarte y no te encuentre con ese promontorio de libros y cuadernos que a decir verdad me crispa los nervios.

B.—(Sonriendo) Y no son solamente libros y cuadernos los que deben asustarte. Tu sorpresa será mayor cuando te comuniqué que estaba nada menos que en una sesión de pintura (le muestra los enseres necesarios).

A.—No seré yo por cierto la que pierda mi tiempo en eso. (Mirando el trabajo empezado de su amiguita) ¿Y qué significan estos *colorinches*?

B.—Estaba por pintar nuestro escudo patrio.

A.—Déjate de escudos y banderas, yo he venido a jugar.

B.—Ya nos sobrará tiempo para hacerlo cuando termine mi trabajo. Ahora... (Se interrumpe porque entra una niñita, diciendo):

C.—Muy buenas tardes.

A. y B.—Buenas. (Contestan las otras).

C.—He venido, porque me pasa una *desgracia* (riéndose); quise dibujar el escudo argentino según nos lo había indicado la maestra y resulta que no me acuerdo bien y he venido para que lo hagamos juntas, ¿quieren?—dice dirigiéndose a las dos niñas.

B.—Con mucho gusto—contesta la niñita que había empezado a dibujarlo.

A.—Adiós mi juego — piensa para sí la que deseaba jugar, sentándose a un lado de las otras un poco distante. (Las niñitas que trabajan entablan entre sí el siguiente diálogo...

C.—¿Qué significan los laureles y olivos que rodean nuestro escudo?

B.—Según lo explicó la maestra son el emblema de la paz y la gloria.

C.—¡Qué lindas son las manos entrelazadas y qué bien representan la unión y la fuerza!

B.—Y el gorro frigio, ¿qué dices de él?

C.—Para mí, verlo y leer *libertad* es una misma cosa; y no puedes imaginar el placer que me causa el contemplar el sol naciente que corona nuestro escudo. ¡Qué hermoso es! ¿No es cierto? (dirigiéndose a la niñita que permanece separada). Y tú, no dices nada? ¿Qué te sucede?

A.—A vuestro lado—contesta la interpelada—me hallo avergonzada de mi ignorancia, pues no sabía

nada de lo que acabáis de expresar, y al contemplar el entusiasmo y alegría con que habláis del asunto veo que sois dichosas, pues halláis motivo de placer en lo que yo me hastío.

B.—Eso consiste—contesta una de las niñas—en que buscas el placer en cosas efímeras, mientras nosotras lo hallamos en asuntos más sólidos. Pero basta de conversación y no olvidemos que el «tiempo es oro».

A.—¿Me permitís que dibuje con vosotras? Me parece que *algo* me habéis contagiado...

B. y C.—Con el mayor gusto—contestan las niñas disponiéndose para hacerlo.

A.—Estoy avergonzada de mí misma. Yo también quiero estudiar, quiero saber...

B.—Haces bien; el estudio eleva y dignifica.

C.—Vamos, vamos a trabajar.

UN TALENTO

(MONÓLOGO)

Un niño se pasea por la habitación en actitud de leer. De pronto se detiene y golpeándose en la frente con la mano, dice:

¿Cómo haré yo para hacerle una trampa a mamá? No quiere dejarme salir hasta que no termine mi composición y francamente éste es un *trabajito* que me pone muy nervioso... La copiaría de algún libro, pero ésta es una treta que no me va a dar resultado. Mamá va a conocer y me la hará hacer de nuevo. ¡No me conviene!... ¡Ah!... tengo una inspiración... ¡estoy salvado! En lugar de copiarla igual, cambio las palabras. ¡Ya está! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Puedo estar contento—dice golpeándose un hombro—¡contentísimo!!... ¡Viva tu inteligencia, Pepito!!...

Mas, nada de perder tiempo, sino mi paseo quedará en agua de borrajas...

Veamos—agrega, abriendo el libro y leyendo.—

Copiaré este pedazo cambiando por cierto las fechas: *Después de haber expulsado a los ingleses en los años 1806 y 1807...* ¡¡Muy bien!! yo diré en 1826 y 1827... *los patriotas pensaron libertarse de España*—aquí escribiré de Francia—*y promovieron una revolución que dió por resultado la libertad anhelada el día 25 de Mayo de 1810...* aquí cambio todo y digo que fué el 30 de Junio, y que la gente peleaba, se descerrajaban balazos, huían de un lado a otro, los buques bombardeaban la ciudad, todos venían a ver lo que pasaba, corrían desesperados; unos barullos, en fin, que yo solamente me entiendo. ¡Oh! si mi composición no resulta la mejor de la clase será una injusticia. Esta vez ganaré un 5 y bien merecido! ¡Sí, señor! ¡Cualquiera se sabría arreglar como yo! ¡Cómo no! Para eso se necesita ingenio. (Despectivamente) ¡Qué risa me da el pensar cuantos de mis compañeros estarán a estas horas *rompiéndose* la cabeza para escribir su composición... ¿y para qué son tontos? ¡Que hagan como yo! Que la copien sin que se conozca... Porque lo que es la mía... ¡nadie! absolutamente nadie en el mundo va a decir que es copiada. ¡Oh! si cuando digo que soy inteligente... Lo que me aflige es que mamá no va a creer que yo la he pensado... Ahora... con un lindo papel, una plumita nueva y la letra más simpática que he hecho en mi vida empezaré a escribir... (se dispone a hacerlo, cuando se siente el sonido de un timbre).

¡Qué lástima! me llaman a tomar el te! Bueno. Lo peor del trabajo está arreglado, dejaré todo preparadito, y — saludando — ¡adiós composición! Hasta luego. ¡Con qué gusto comeré mi merienda! ¡Hoy me la he ganado!

EL SOL DE MAYO

¡Qué recuerdo bendito a nuestra alma
traen tus rayos ¡oh sol refulgente!
de los héroes de Mayo en la frente
derramaste tus luces también.

Y esa escena grandiosa, sublime,
que una fecha como hoy contemplaste
cuando esclava a mi patria dejaste
y en señora la viste tornar;

son recuerdos que nunca es posible
que los borre la marcha del tiempo,
y que siempre aquí en nuestra mente
y en el alma grabados están.

Bendigamos los grandes varones
que esta patria supieron legarnos;
y su historia sin mancha entregarnos
como un rico presente de amor.

EL GENERAL BELGRANO

(DIALOGO)

Una niña mostrando una fotografía del general Belgrano, dice a su mamá:

Hija.—

Qué simpático es el rostro
que en este retrato veo;
según me parece, creo,
será el de un hombre ilustre.
¿Quieres decirme, mamá,
quién es y cuál es su nombre?
y mira... no te asombres
de todo lo que pregunto;
soy niña, soy ignorante,
no conozco muchas cosas
y es por eso que afanosa
te interrogo, mamá, tanto.

Madre.—

Hija, con gozo inefable
satisfaceré tu anhelo

y descorreré ese velo
para tí impenetrable.
Ese retrato que miras
y que tanto te ha gustado,
es el de un patriota amado
en nuestra tierra argentina.
¡Es el valiente Belgrano!
el que creó tu bandera,
que orgullosa y altanera
media América cruzó,
y con gloria no mentida
allí donde se luciera,
el grito sólo se oyera
de honor y de libertad!!

Hija.—

¡Belgrano! tu nombre ilustre
vivirá en mi alma inocente
y con entusiasmo ardiente
desde hoy te venero ya.

Madre.—

Al contemplar tu bandera sacrosanta,
lee en ella su abnegado patriotismo,
y al verla flamear, su heroísmo
cree que te habla y que te dice así:
«Es herencia sagrada que te lego,
Convencido que fiel la cumplirás;
Amarás esta insignia que es el símbolo
sagrado e inmortal de *Libertad!!*”

EL REGALO DE MAMÀ

¡Qué contenta estoy!

Me dijo mamá que al terminar el curso escolar me haría un regalito por el trabajo del año. Yo, es cierto, que en el examen no supe contestar muy bien... me equivoqué muchas veces... pero, seguramente no se habrán fijado, pues al terminar me dijo la señorita directora: ¡*Muy bien, Angelita!*...

¡Cuando pienso que mamá me puede regalar una muñeca! Me *muero* de alegría. La llamaré Inésita, le daré muchos, pero muchos besos y la acostaré en mi camita a mi lado, muy abrigadita por cierto para que no se resfríe.

(Se oyen pasos y aparece la mamá de la niña, quien, abrazando a la señora, le dice):

Angelita.—¡Cuánto te quiero, mamita!

Mamá.—Y yo a tí, hija mía.

Angelita.—(Reparando en un envoltorio que tiene la señora en una mano). ¿Es mi regalo, mamita?

Mamá.—Sí, Angelita.

Angelita. — ¿Lo puedo desenvolver? (lo hace). ¡Cuánto papel!!... (¡Qué fastidio!) ¿Es una muñeca, mamá? (interrogándola).

Mamá. — Es algo mejor, hija mía.

Angelita. — ¡Qué lindo! ¿Qué será? (Cae del paquete un libro) ¡Un libro! ¡El Niño!!...

Mamá. — (Con calma) Sí, Angelita; como has salido reprobada en lectura y a tu libro le faltan muchas páginas, me ha parecido el regalo más oportuno. Cuando lo leas como debes hacerlo, tendrás la muñeca que ambicionas. Hasta entonces éste será tu juguete. (Sale).

Angelita. — (Al público) ¿Y qué me dicen ustedes? ¡Mis ilusiones perdidas! No hay más que tener paciencia... y yo que creía que no se habían dado cuenta de mi *ilustración*. No me queda otro remedio si quiero ganarme la muñeca, que ponerme a estudiar de todo corazón.

A UNA MARIPOSA

Tus leves alas
quisiera yo...
para perderme
en la extensión.

Tus mil matices
quisiera yo...
pues tu ropaje
es seductor.

Tu cuerpo airoso
quisiera yo...
así volaba
de flor en flor.

Tu vida alegre
quisiera yo...
siempre en el aire,
siempre en el sol...

Mas, cuando pienso
que tu existencia
es sólo un soplo
de vanidad;

yo mis deseos
refreno, y digo:
¿para qué vive
tanta beldad?

UNA CARTA SOSPECHOSA

(MONÓLOGO)

(María al salir de la escuela lleva en la mano una carta que acaba de entregarle su maestra para que la niña la dé a su señor padre. El sobrescrito está cerrado. María la mira por todos lados, da unos pasos como para seguir el camino de su casa, mas de pronto se detiene llevando la mano al corazón).

—Siento algo como un presentimiento... ¿Qué contendrá esta carta?... No sé por qué sospecho que nada bueno para mí será.

Es verdad que la señorita maestra, al dármele parecía muy tranquila y con un modo suave dijo al entregármela: «No olvide que espero la respuesta». Tal vez me equivoque, pero le tengo cierta desconfianza a este papel.

El corazón me late de un modo *nada natural*, y cuando él anuncia... Bien dicen que no hay mejor juez que la conciencia. Estoy intranquila.

Hoy, al retirarme de la clase, me pareció haber notado en los ojos de mi maestra una mirada triste hacia mí; será tal vez porque no sigo sus consejos. ¡Mi buena maestra! Yo desearía hacerlo, pero no puedo! Comprendo que soy insoportable... Molesto a mis compañeras durante la clase. Cada momento debe la maestra interrumpir su explicación por mí. Siempre estoy en íntima conversación con mis vecinas de banco, ya por medio de señales o de viva voz y por eso... sospecho que esta cartita tiene *algo* que ver con ese asunto.

He oído decir que se han descubierto unos rayos que permiten ver lo que hay detrás de algunos cuerpos.

¡Si yo los conociera! Sabría el contenido de este papel. Aunque... también podría saberlo rompiendo el sobre y leyéndolo. Debía haberlo pensado mucho antes, sin tener tanto quebradero de cabeza.

De todas maneras, ¿quién sabe que recibí esta carta? Nadie. ¡Buen cuidado tuve yo de que pasara desapercibido! ¿Alguien va a saber que el sobre va dirigido a mi padre? No. ¿Entonces?... (Al tiempo de abrirla se detiene) ¿Qué es lo que voy a hacer? ¡Pobre de mí! ¿Tengo el derecho de leer una carta que no me pertenece? ¿Qué nadie me ha enviado? Aunque ella sea—como presumo—contra mí, ¿puedo cometer una acción tan villana? No.

Este acto repugna a mi conciencia. Diga el pa-

pel lo que quiera, si, como pienso por la letra, es escrito por mi maestra, él dirá lisa y llanamente la verdad. ¡Lo merezco! Me he hecho acreedora al castigo y sabré soportar sus consecuencias!...

Mi padre me reñirá, sufrirá al enterarse de mi conducta en la escuela. Lo siento. Pero será la última vez. Yo trataré de corregirme buscando mis compañeras entre las más buenas alumnas de la clase, y creo firmemente que lo conseguiré.

Vamos pues, valor.

UNA MAMITA IMPACIENTE

Una niñita habla a su muñeca:

—Vamos a ver si hoy piensas conducirte como lo has hecho ayer. Te advierto que no tengo la menor gana de incomodarme. Me duele mucho la cabeza, así es que lo mejor será que te duermas pronto. (Sienta la muñeca sobre sus rodillas y canta):

Una linda nena
iba a descansar;
pero sus ojitos
no quería cerrar.
la ra ra la ri ra
la la rí la rá;
la ra ra la ri ra
la la rí la rá...

¡Quédate quieta! ¡Qué movimientos! ¡Qué inquietud! ¡Qué revoltijo! ¡Si parece que tuvieras las piernas de goma! ¡No sé qué hacer contigo! Dime, ¿te costaría mucho dormir como es debido y dejarme tranquila?

¿Qué significan todos esos sacudimientos? ¿Te crees así más graciosa? ¿Ves a otras niñas hacer lo que tú haces? ¿No es bastante el que yo tenga que mecerte en mis brazos hasta que te duermas? ¡Ah! ¿Empiezas con *lagrimitas* ahora? ¿Por qué me miras con esos ojos? ¿No es cierto lo que digo?...

No sabes más que llorar, esa es toda tu habilidad. Será mejor que no me altere, sino acabaríamos mal. ¡Tengo toda la sangre en la cabeza! (Coloca de nuevo la muñeca en actitud de hacerla dormir).

Era una niñita
a quien su mamá,
prometía siempre
que iba a castigar.
la ra ra la ri ra
la la rí la rá.
Pero la picarona
sabíala engañar
y nunca su mamita
le llegaba a pegar;
la ra ra la ri ra
la la rí la rá.

(Mirando a la muñeca) ¿Ahora te sonríes? Dime, ¿no estás mejor así que con la cara gruñona de hace un momento? No pareces la misma niña. Así da ganas de besarte y acariciarte, pareces un angelito!... pero cuando te encaprichas, cuando te enfadas, ni el mismo Satanás se te asemeja.

¡Cuánto daría yo por verte siempre sonriente y cariñosa, con esa sonrisa que te hace tan simpática; tú no sabes cuánto afea a las niñas un gesto de mal humor... mas (observando que su muñeca duerme) ¿con quién hablo? ¡mi *nena* duerme! ¡Qué linda está! ¡Qué carita más hermosa! Hay momentos en que me parece mentira que sea tan majadera... ¡tiene un genio!... ¡Yo no sé a quién se parece! Es insostenible!... y no es por falta de *predicarle* que sea buena, atenta, cariñosa, amable, pero es lo mismo que hablar al viento, me mira, se sonríe y esa es toda su respuesta. ¡No sabe ella lo que yo sufro con su conducta! (Aparece la mamá de la niña que ha oído la conversación de ésta con su muñeca).

Madre.—Hija, comparto tu dolor.

Hija.—¿Dolor de qué, mamá?

Madre.—El que acabas de manifestar porque tu nena se conduce mal, y como yo sufro el mismo pesar porque tengo una hijita que no es muy buena, vengo para que lloremos juntas nuestra desventura.

Hija.—¿Qué oigo, mamá? ¿Tú lloras por mí? En verdad, tienes los ojos enrojecidos como si hubieras llorado, y ¿soy yo, mamá, la causa de tus lágrimas? ¿Yo te disgusto, mamá?

Madre.—Con frecuencia, hija mía.

Hija.—¡Oh! perdón! ¡perdóname, mamá! yo ignoraba tu sufrimiento... Nunca te he visto como hoy.

Madre.—Sufría resignada, porque confiaba que llegaría el día que te dieras cuenta de ello y cambiaras de conducta. Oyendo las justas y serias reflexiones que hacías a tu muñequita me ha parecido el momento oportuno para hablar a tu corazón y por eso te lo he manifestado más claramente.

Hija.—Gracias, querida mamá (abrazándola), no llores más. Haré lo que tú quieras. Estoy dispuesta a obedecerte en todo para que no sufras más ¿oyes mamá? nunca más me dirás que yo te hago llorar. ¡Oh, mamá! ¡cuánto me arrepiento! (llora).

Madre.—Seca tus lágrimas, hija mía. Ven a mis brazos. ¡Todo lo he olvidado! No te aflijas. Este momento pasó. Esperemos que otros más alegres logren borrarlo por completo. ¡No llores! Tu *nena* ha despertado y reclama tus cuidados. No olvides que una buena *mamá* debe atender solícitamente a sus hijos. Llévala a pasear para que se divierta.

Hija.—Yo no hallaría diversión si no vinieras con *nosotras*.

Madre.—Acepto con gusto, hija mía, tan galante invitación. Vamos.

Hija.—Permite que antes te abrace, mamá, en recompensa de tus lágrimas.

Madre.—Se han borrado por completo, hija mía. Vamos a pasear.

Hija.—Te sigo, mamá,

AL PABELLON ARGENTINO

Levantemos con orgullo
nuestra insignia nacional;
en sus fajas lleva escrita
la palabra: «Libertad».

A su sombra mil valientes
batallaron con honor;
por dejarnos una patria
bella y libre como el sol.

Saludémoslo con júbilo
en este día inmortal
y con él a los campeones
que nos dieron libertad.

DISCUSIÓN

Julia.—¡ Ah! ¿ qué lindo, no?

Beatriz.—¿ Qué hay?

Julia.—¿ *Qué hay?* Nada, señorita, te estás copiando toda la composición de ese libro y mañana te darás *tono* diciendo que tú la 'has hecho.

Beatriz.—¿ Y quién te ha dicho semejante cosa?

Julia.—¡ Quién va a decírmelo! Siempre haces lo mismo; luego la maestra dirá: Beatriz es mejor que tú. Beatriz estudia, se aplica, atiende y no saben lo *zorra* que es Beatriz.

Beatriz.—No hables de ese modo.

Julia.—¡ Ah! ¿ La verdad te molesta?

Beatriz.—Pero, hermana mía, a qué viene este ruido, este barullo, esta gritería; aún no me doy cuenta...

Julia.—¡ Claro! Porque no te conviene.

Beatriz.—¿ Qué cosa no me conviene?

Julia.—Que yo diga que te copias.

Beatriz.—(Incomodada) ¿ Pero, qué?

Julia.—El deber de mañana.

Beatriz.—Bien se ve que no sabes lo que dices.

Julia.—Claro, porque no soy un talento como tú. Yo soy *negligente, desaplicada*, etc., etc., todo lo malo soy yo.

Beatriz.—Verdaderamente, no sé lo que te pasa hoy, tienes ganas de molestarte.

Julia.—Cuidado con la *niña*, no la *molesten*, no la *interrumpan* en sus trabajos de *copiandina*.

Beatriz.—¡Qué afán tienes con la copia. ¿Sabes lo que estoy escribiendo? ¡Mira!

Julia.—Si no necesito mirar.

Beatriz.—Entonces no hables. Creo que no hay ningún mal en copiar el verso a Sarmiento que tenemos que estudiar mañana.

Julia.—¡Ah! Tú misma lo confiesas que estás copiando.

Beatriz.—Y de qué otro modo voy a hacer para estudiarlo...

Julia.—Sí, cambia ahora la cuestión, ya te conozco.

(Se presenta la mamá de las niñas, quien ha oído, sin ser observada, la discusión anterior. Dirigiéndose a Julia, le dice):

Mamá.—Querida hija, he venido a propósito para interrumpir esta discusión. ¿Por qué eres así con tu hermana? Bien sabes que si le reconocen méritos es porque los tiene.

Julia.—Siempre la defiendes.

Mamá.—Me coloco del lado de la razón.

Julia.—Ella de ese modo se pone orgullosa.

Mamá.—No, tu hermana no es orgullosa; trata únicamente de cumplir con dignidad sus obligaciones y muy feliz sería yo, hija mía, si tú, imitándola, te corrigieras de tu habitual holgazanería. (Se va).

Julia.—(Llorando) Eso es lo que yo te digo... todo lo bueno para ella... lo peor para mí.

Beatriz.—(Tocándole un hombro) ¡Hermana mía!

Julia.—(Bruscamente) Déjame.

Beatriz.—Pero sé razonable.

Julia.—¡Déjame, déjame!

Beatriz.—Ven acá, no llores (tomándola de un brazo).

Julia.—¡Te digo que me dejes!

Beatriz.—A tí quizá te parezca mal lo que mamá te ha dicho, pero...

Julia.—Está mal, muy mal, rematadamente mal.

Beatriz.—No hables así.

Julia.—Si no te callas... (amenazándola).

(Otra hermanita llamada Celina, entra y al ver que Julia llora, le dice):

Celina.—Já já, já já, ¡la llorona! la llorona!

Julia.—¡Mamá! mamá! ¡mira a Celina!

Celina.—Já já, já já...! mamá... mamá... (burlándose).

Mamá.—¿Qué es eso?

Julia.—Celina se burla de mí.

Celina.—¡Qué cara! Já já, já já (se va).

Mamá.—Piensa, hija mía, a todo lo que da lugar tu conducta. Te ofendes porque en casa se te dice la verdad para que te corrijas. No atiendes los consejos, no sigues el ejemplo de las personas que te quieren. ¡Es lástima! Tú tienes buen corazón... todos te queremos.

Julia.—Si... si me quisieran... (llora).

Mamá.—Tú pensarás que te dejaríamos hacer tu soberana voluntad? ¡No, nunca, jamás! Es por lo mismo que te queremos que deseamos corregirte, pero tú no nos correspondest, pues te empeñas en lo contrario.

Julia.—Mamá, yo te quiero...

Mamá.—Si tú me quisieras, me obedecerías...

Julia.—Yo te quiero, mamá, mucho, mucho; pero es mi carácter así...

Mamá.—El carácter se domina, hija mía; si nó qué sería de nosotras?

Julia.—¡Yo no puedo, mamá!

Mamá.—Es necesario *poder*. Bonito estaría el mundo si cada cual obrara a su antojo. No olvides que todos nos debemos respeto mutuamente, ya que hemos nacido para ser sociables y en la sociedad debemos actuar. ¿Cómo pretenderías que los demás tuvieran atenciones contigo si no las tienes con ellos? Medita sobre esto.

Julia.—Tienes razon, mamá; pero creo que nunca podré hacerlo.

Mamá.—¿Por qué?

Julia.—Me parece muy difícil.

Mamá.—Prueba. Al principio tal vez te costará algún trabajo, pero luego sin darte cuenta te hallarás corregida. Ensayá en casa. La familia es una sociedad en miniatura.

Julia.—Lo haré, mamá. Nunca más protestaré cuando me reprendan. Al contrario, te agradeceré todo lo que por mí hagas en ese sentido.

Mamá.—Mi mayor gloria será tu triunfo. No sabes cuánto lo deseo.

Julia.—Y yo tanto como tú.

Mamá.—Vamos a ensayar.

Julia.—Con el mayor gusto.

¡VACACION! ..

Cantos y flores,
luz y alegría,
grata armonía
reina doquier;
todo rebosa
dicha inefable,
pura, agradable,
ansias de paz.

Nuestras labores
ya terminamos,
y pronto vamos
a disfrutar;
de las delicias
que nos ofreces
¡Siempre con creces!
¡Oh, vacación!

Tierna promesa
llena de auroras,
que bellas horas
nos brindarás;
dulce descanso
muy merecido,
al que ha cumplido
su obligación.

Precioso premio
bien conquistado,
al que ha mirado
su porvenir;
hoy nuestras voces
juntas te llevan
himnos que elevan
en tu loor!...

EL ALCOHOLISMO

Un grupo de niñas se hallan en recreo y parecen deliberar sobre el juego que elegirán para distraerse. A poca distancia se halla una niña retirada del grupo anterior.

Ofelia.—¿A qué jugamos hoy?

Arminda.—El día está algo fresco, podríamos correr.

Alba.—No tenemos sitio.

Amalia.—¿Juguemos a la sortija?

Hilda.—Mejor al *gran bonete*.

Luisa.—A la muralla china.

Victorina.—Digamos adivinanzas.

Cecilia.—¡Buena idea! ¿Dónde está Rosa que sabe muchas... (buscándola, pues no se halla en el grupo) ¡Rosa! ¡Rosa!

(La niña, que se hallaba retirada de éstas, al oírse llamar avanza lentamente hacia el sitio que se hallan las otras niñas y dice con desaliento:

Rosa.—No juego...

Arminda.—(Extrañada) ¡Qué raro! ¿Por qué?

Rosa.—No me siento bien.

Ofelia.—(Con picardía) ¡Es claro! Anoche estuviste de fiesta y te habrás aprovechado.

Rosa.—No tanto como hubiera querido... pero algo me hizo daño...

Ofelia.—¡Cómo habrás andado con el *licorcito*!

Rosa.—No lo niego... tomé... un poco.

Alba.—(Riéndose) Nos figuramos, por lo que vemos.

Amalia.—Cuando estás tan abatida...

Hilda.—Cuando no quieres jugar...

Rosa.—Siento un malestar...

Luisa.—Yo no es porque te quiera mal, pero me agradaría que te llevaras un *buen susto* para que te corrigieras...

Rosa.—¡Siempre con lo mismo! hablas así porque te han prohibido tomarlos.

Luisa.—No es por eso; a mí antes me agradaban tanto o más que tú.

Ofelia.—No la reprendan, tiene razón Rosa; hay licores que tienen un gustito...

Victorina.—No hablarían así si vieran lo que yo veo.

Todas.—¿Qué ves?

Victorina.—Cerca de casa vive un obrero, padre de familia; fué muy bueno hasta que hizo relación con otro compañero que tenía el vicio de beber, y con

buenas maneras lo invitaba siempre a que lo acompañara a la taberna, al salir del taller.

Ofelia.—(Interrumpiéndola) ¡Ah! pero las bebidas que venden ahí son distintas a...

Cecilia.—Todas tienen el mismo veneno: el alcohol.

Victorina.—Pues bien; el obrero a que me refería poco a poco perdió el hábito del trabajo y en las horas que debía estar trabajando se le encontraba dormido sobre las mesas en las trastiendas de las bodegas.

Ofelia.—El pobre no hacía mal a nadie.

Rebeca.—¿A nadie? ¿Y quién proporcionaba alimento a su mujer y a sus hijos?

Ofelia.—¡Ah! no me acordaba.

Victorina.—Lo peor es que cuando en su casa le hacían alguna observación maltrataba a su familia.

Todas.—¡Qué malo!

Victorina.—Yo he visto, muchas veces, llorar amargamente a esa pobre madre abrazando a sus hijos y no puedo olvidar las palabras de mi padre al ver ese cuadro: «He ahí a lo que conduce la embriaguez; esas son las víctimas inocentes del criminal alcohol! Mientras la esposa se desvela para subvenir a las necesidades del modesto hogar, el padre bebe en un vaso de veneno la sangre, la vida, el porvenir de su familia.»

Rebeca. — ¡Qué triste debe ser tener un padre así!

Arminda. — ¿Y el que vimos el otro día? Un agente de policía lo llevaba como si fuera un fardo, mientras los muchachos se burlaban del ebrio de una manera atroz.

Luisa. — ¡Qué vergüenza!

Cecilia. — Esos chicos procedían mal.

Aída. — Más mal hacía el hombre con su ejemplo.

Ofelia. — Pero eso les pasa a los que beben demasiado...

Victorina. — El alcoholismo es como todos los vicios, empieza despacio y luego domina al individuo, manda, impera y como nunca ordena nada bueno, hay que temerle.

Alba. — Es cierto. ¡Cuántos crímenes se deben al alcohol!

Rebeca. — ¡Qué de personas llenan las casas de salud por no haber sabido dominar este vicio!...

Rosa. — Cambien de tema. Este me horroriza.

Ofelia. — No es para menos...

Luisa. — Si fuera para convencer a *alguien* no nos pesaría.

Rosa. — Comprendo que el alcohol hace daño... me deja la cabeza pesada...

Aída. — Motivo de más, para no tomarlo.

Arminda. — (Burlonamente) Si pensaras lo bonito que será ver una mujer ebria.

Rosa.—(Ofendida). Yo no pienso llegar a ese extremo.

Amalia.—El mejor medio de evitarlo es preverse. Piensa que el agua fresca nunca te hará mal.

Rebeca.—En cambio, los licores...

Cecilia.—Ya ves, hoy te han impedido jugar.

Hilda.—Pero parece prometernos que no lo hará más.

Ofelia.—(Con intención) Hasta que no se presente la ocasión. ¿No es cierto, Rosa?

Rosa.—No, no. Me da miedo lo que ustedes cuentan. Yo me corregiré.

Todas.—Lo celebraremos.

Arminda.—Si las palabras no las lleva el viento.

Rosa.—No, no, lo prometo.

Luisa.—Mientras tanto, el recreo ha pasado y nosotras sin jugar.

Ofelia. — ¡Qué desgracia tan inmensa! (con burla).

Victorina.—Vamos, chicas, a formar.

(Dada con dispositivos en el Museo Escolar Sarmiento, el día 10 de Agosto de 1917.)

MI GATITO

Yo tengo un gatito
se llama Miscifús;
su piel es muy sedosa,
sus ojos tienen luz.

Arrellenado siempre
se halla en un sillón;
y si lo acaricio
él hace rón... rón... rón...

No tiene miedo alguno
cuando me ve llegar;
pues sabe bien que nunca
lo llevo a castigar.

Mamá me ha enseñado
con toda su bondad;
que a los animales
no hay que maltratar.

MI MUÑECA

Muñeca mía
¡te quiero tanto!
eres preciosa
como es el sol;
en tu boquita
fina y graciosa
se ven colores
del arrebol.

Tienen tus ojos
serenos, puros,
dos pedacitos
del cielo azul;
cuando en verano
lo miro hermoso
cual transparente
ligero tul.

Contigo juego,
contigo río,
eres mi dicha
y mi placer;
¡bella muñeca!
¡nena querida!
eres mi vida
y mi querer.

BUENOS CONSEJOS

(Una niña en actitud de hablar con su muñeca):

Ahora que ya estás limpia y peinada voy a preparar tu cartera para que vayas a la escuela. ¡Ya es hora!... y no olvides cómo debes conducirte en la clase. No quiero ver en tu libreta bajas clasificaciones, sobre todo en conducta; a tu edad sería una vergüenza! No hay nada más feo que una niña desobediente o mal educada. Eso no lo tolero. ¿Te dicen tu mamá o la maestra, haz esto, aquello o el otro?... debes hacerlo *inmediatamente*. Nada de “*ya voy!... Estoy cansada... mañana... todavía es temprano... no puedo...*” No señora, debe usted hacerlo prontísimo. ¿Lo comprende? Así será para todas una señorita simpática y la querrán mucho.

(La mamá, que desde la habitación inmediata ha oído hablar a su hija se presenta diciendo):

Madre.—Hija mía, estoy maravillada de tu elocuencia... ¡qué oradora! ¡qué entusiasmo! Si tu mu-

ñequita se porta mal no será por falta de buenos consejos...

Hija.—¿Verdad, mamá, que son muy buenos los que yo le daba? (riéndose).

Madre.—Muy complacida estoy de verte tan razonable. Si no he oído mal, decías que las órdenes de los padres y maestros deben ejecutarse sin dilación.

Hija.—Así lo creo, mamá.

Madre.—(Sonriendo) No hace mucho que te ordené *algo* que aún debes cumplir...

Hija.—No lo he olvidado, mamá, estudiar mi lección de piano... pero, no pases cuidado, la aprenderé fácilmente. Es tan corta...

Madre.—Hace un momento, reprochabas las excusas a tu muñequita. ¿Qué debo pensar yo ante las que me expone mi hijita?

Hija.—(Pensando) Tienes razón, muchísima razón, mamá. Voy a estudiarla en seguida.

Madre.—Es bueno dar sanos consejos, pero mucho mejor es practicarlos cuando llega el caso.

Hija.—Dices bien, mamá... Voy al momento a estudiar. (Salen).

A LA PATRIA

¡Gloria! gloria por siempre, digamos
a la patria, feliz, venturosa;
que en un día de Mayo, dichosa,
Libertad a sus hijos le dió;

y rompiendo las férreas cadenas
que hasta entonces sus miembros ligaban;
ante el mundo asombrado, exclamaba:
¡ya soy libre! ¡Soy grande! ¡Soy yo!...

FOTOGRAFIAS AL VUELO

Una niña que se encamina a la escuela, al pasar por la casa de una compañera, llama a la puerta con el objeto de ir juntas a ella. La niña que ha acudido al llamado de la primera, le dice:

Rosa.—¿Vas a la escuela?

Matilde.—Sí.

Rosa.—Muchos recuerdos por allá.

Matilde.—¿Cómo? ¡Tú no vas!

Rosa.—Ya me ves aquí muy tranquila.

Matilde.—¿Estás enferma? Te veo con la garganta atada.

Rosa.—Tengo salud para venderte (riéndose).

Matilde.—No me explico.

Rosa.—(Despectivamente) ¡Qué te has de explicar! Tú no entiendes de estas cosas. Mira, te contaré. Esta mañana no tenía ganas de asistir a clase y pensando cómo haría para resolver la cuestión, empecé a toser y como mamá me preguntara qué tenía—hallando la ocasión calva—le dije que me dolía la garganta. Mi buena madre, me colocó este

pañuelo, indicándome la conveniencia de que me quedara en casa y aquí estoy. (Riéndose).

Matilde.—(Seria) ¡Qué conducta!

Rosa.—(Reparándola) ¡Qué conducta! ¡Qué conducta!... ¡Miren la traza para criticar!... ¿Tú crees que yo tengo sangre de pato en las venas y que me gusta ir a la escuela para oír a cada momento un *sermón* de mi maestra?

Matilde.—Eso tiene remedio. Con obedecer lo que te manden...

Rosa.—Como que para mandar se pinta sola. (Fastidiándose) En fin, yo no puedo, no entiendo, no tengo tiempo de hacer lo que me mandan.

Matilde.—Ahí demuestras tu falta de voluntad por el estudio. Después te quejas que te sermonean. No te entiendo.

Rosa.—Ni yo a tí.

Matilde.—Pues, no me cuesta mucho trabajo ser como soy.

Rosa.—Qué quieres, yo no puedo imitarte. ¡Me da una ira mi maestra! Una no puede descuidarse. Tiene ojos por todas partes. Ayer no más, estaba yo muy entretenida dibujando...

Matilde.—¿En la clase de dibujo?

Rosa.—No. Yo no sé clase de qué era. A mí me pareció bien *retratar* a una de mis compañeras que seguía muy atenta la explicación de la *señorita*. Estaba a propósito para sacarle la silueta. Le había he-

cho una cabeza redondita, unos ojos igualitos, la boca parecía que hablaba... en fin... un retrato que daba gusto!... y en lo mejor que estaba escribiendo debajo de él con letras gordas, muy gordas: «Este es el retrato de...» siento que me quitan la pizarra; la levantan por el aire y la maestra en persona dice dirigiéndose a la clase: ¿Qué les parece? Ignorábamos que en el salón se hallara una *notabilidad*.

Matilde.—Já, já, já, já.

Rosa.—Puedes imaginar la batahola que con tal motivo se armó a mi alrededor y más aún cuando la señorita dijo, dirigiéndose a mí: «Rosa, póngase de pie para que sus compañeras conozcan la más hábil dibujante del salón». Yo, enrojecida como una fresa, con los oídos zumbando, permanecí todo el tiempo que duró la clase con la cabeza baja; pero, cuando vine a casa, para vengarme, retraté a mi maestra, como un carpincho, como un escorpión y la tengo guardada para mostrársela a *todo el mundo*.

Matilde.—Pero, tonta, ¿cómo van a saber que es tu maestra?

Rosa.—Porque abajo lo dice.

Matilde.—Si no le has hecho la cara igual.

Rosa.—Pero yo sé que es ella.

Matilde.—Lo mismo puede ser ella que tú.

Rosa.—Y qué quieres, ¿qué la retrate cómo es? No tiene gracia.

Matilde.—Pero, entonces no es un retrato. Mira,

sigue mi consejo, abandona esa idea, borra el dibujo y ven conmigo a la escuela; estudia todos los días y verás como tu maestra te parecerá más simpática.

Rosa.—Pero, si yo no puedo estudiar. No me *entran* las lecciones.

Matilde.—Eso te parece, haz un esfuerzo y verás que no es tan difícil. Tú no eres mala, inteligencia no te falta, aunque lo niegues. Es una lástima que no aproveches el tiempo. Bien sabes que cumpliendo en la escuela darás mucho gusto a tus padres y maestras. ¿Por qué no lo haces? Yo te ayudaré, todos los días haremos juntas los deberes y verás cómo te irás acostumbrando. ¿Me sigues?

Rosa.—Hoy no puedo hacerlo, porque llegaríamos tarde las dos a la clase.

Matilde.—Bien, ¿pero, me prometes que irás mañana? Vendré a buscarte.

Rosa.—Bueno... probaré... esta vez. Después no atenderé más consejos.

Matilde.—Muchas gracias. Hasta mañana.

Rosa.—Hasta mañana, Matilde.

(Una de las niñas se dirige a la escuela y la otra al interior de la casa).

DESPEDIDA

Terminados del año los afanes
dejaremos la escuela por un tiempo;
estos muros queridos que encerraron
el hogar que nos dió paz y contento.

Iremos cual ligeras golondrinas
a buscar en el campo nuestros nidos;
esos sitios queridos que dejamos
ya el año anterior cuando volvimos.

Hasta pronto, digamos a esta casa,
hasta pronto, a las buenas compañeras;
hasta pronto, maestras, hasta pronto,
que ya la hora de partir nos llega.



**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

INDICE

	<u>Páginas.</u>
A los señores maestros	5
Un valiente	7
In fraganti!	9
Los estudios de Elvirita	12
El glotón	16
Deseando ser hombre	19
Consecuencias de la ira	22
El grito de los animales	26
La cura de una golosa	28
Al que trabaja se premia... ..	31
El camuatí	34
La sobriedad	36
Examen de conciencia	41
Las hermanas	44
La bandera argentina	49
Buenos propósitos	51
El bautizo de Lily	54
La paja en el ojo ajeno	59
El estudiante modelo	61
Predicar con el ejemplo	65
Maipo	69
Un pleito	71
Una fiesta improvisada	74
El holgazán	80
Reflexiones	81
Alrededor de una libreta	85

ÍNDICE

Páginas.

✓ 25 de Mayo	89
Una amiga verdadera	90
La niña mimada	92
Una buena mamá	95
El examen	97
La vanidosa	99
Churrasqueando	103
El recreo	108
Mi gatito Micifús	109
Canto	111
✓ Un mal carácter	112
La abeja	115
No contar con la huéspedada... ..	117
Entrada a clase	122
Ante todo, ¡el ejemplo!	123
La luna refleja... ..	127
¡Siempre el mismo!	129
La libreta delatora	133
El escudo argentino	136
Un talento	139
✓ El sol de Mayo	142
El General Belgrano	143
El regalo de mamá	145
A una mariposa	147
Una carta sospechosa	149
Una mamita impaciente	152
Al pabellón argentino	156
Discusión	157
¡Vacación!	162
El alcoholismo	164
Mi gatito	169
Mi muñeca	170
Buenos consejos	172
A la patria	174
Fotografías al vuelo	175
Despedida	179

